

Seán D. Sammon, FMS
1999

Un corazón sin fronteras
San Marcelino Champagnat
Vida y misión

Traducido por

Carlos Martín Hinojar fms

Edizione

Istituto dei Fratelli Maristi
Piazzale Marcellino Champagnat, 2

C.P. 10250

00144 ROMA

ITALIA

Tel. (39) 06 54 51 71

E-mail: publica@fms.it

Internet: www.champagnat.org

© Fratelli Maristi - Roma

Indice

Indice	3
Agradecimientos	5
Introducción	7
El origen	9
Los años del seminario	15
Joven sacerdote y joven fundador	25
El Instituto comienza su andadura	37
Permanente adversidad	49
Continúa el crecimiento	59
Un hombre y un santo para todos los tiempos	69
Referencias bibliográficas	75

k

Agradecimientos

Este libro es el fruto del trabajo de muchas manos. Primero debo una palabra de agradecimiento a los hermanos Stephen Farrell, Romuald Gibson, y Frederick McMahon. Todo el que conozca un poco la obra de Stephen titulada *Achievement from the Depths*, y la tesis que hizo Rom sobre la espiritualidad de Marcelino bajo el epígrafe de Father Champagnat: *the Man and his Spirituality*, y la vida del fundador de los Hermanitos de María, *Strong Mind, Gentle Heart*, debida a la pluma de Fred, advertirá la influencia de esos estudios en las páginas del texto que aquí presentamos. Sin la ayuda de sus investigaciones, el autor se habría visto bastante perdido y sin saber por donde empezar. Todo ello, añadido a las cartas de Marcelino y los Anales del Hermano Avito, ha servido de base para enhebrar este relato de la vida de Champagnat de carácter divulgativo.

También expreso mi agradecimiento al hermano Benito Arbués, Superior general, que me brindó - generoso - tiempo y oportunidad para ponerme a escribir.

Hubo igualmente otras personas que acompañaron la elaboración de este texto con su lectura. Tengo que dar las gracias a los hermanos Roberto Clark, Jean-Pierre Cotnoir, Jeff Crowe, Michael de Waas, Fernand Dostie, Michael Flanigan, Pedro Herreros, John McDonnell, Gaston Robert, Allen Sherry, Luis García Sobrado, Vanderlei Soela, Brian Sweeney y Henri Vignau; y lo mismo a la hermana Rachel Callahan, a John F. Kerrigan Jr., la hermana Rea McDonnell, y a John y Peggy Perring-Mulligan. Si la historia se lee bien y se ajusta a su contexto, el mérito es de ellos. Cualquier error de apreciación o inexactitudes que pudieran aparecer, deben atribuirse al autor.

Me siento particularmente deudor con el hermano Leonard Voegtle. Con su lectura cuidadosa de varios borradores del manuscrito y con sus sabios consejos, me ayudó a evitar algunas incorrecciones históricas.

No puedo olvidarme de dar las gracias a la hermana Marie Kraus, que editó el texto. Ella es especialmente diestra cuando se trata de encontrar una frase certera, y para limpiarlo de toda la “paja” que a menudo atiborra las hojas de los que escriben. Una vez más, gracias, Marie, por tu colaboración.

Al redactar estas páginas tenía en la mente a potenciales lectores seculares, los jóvenes en particular, aunque quizá también pueda interesar a otros. Es una obra incompleta y se advierte en ella el afecto que siente el autor por la persona de Marcelino Champagnat. En ningún momento pretendí efectuar un recorrido histórico y biográfico de su vida. Eso ya lo han hecho otros con resultados satisfactorios. En el apartado final de Referencias se adjunta una lista de esas publicaciones. El autor espera, de todos modos, que las rápidas pinceladas que se recogen en este trabajo ayuden al lector a conocer mejor la figura de ese hombre singular que fundó la congregación de los Hermanitos de María.

Confieso que disfruté haciendo esto. Fue como asistir a una clase dada por Marcelino: él era el profesor, la materia su vida, y yo el único estudiante. Confío en que algún día, cuando me encuentre con él cara a cara, se mostrará benévolo al evaluar el trabajo de su discípulo. Por lo que fui descubriendo al escribir el libro, no me cabe duda de que así será.

Introducción

Estimado lector:

¿Quién era San Marcelino Champagnat ? Ya sabemos que fue un sacerdote de la Sociedad de María, y fundador de los Hermanitos de María, más conocidos actualmente en el mundo como los Hermanos Maristas. Sí, él fue todo eso, pero había mucho más. Este libro pretende descubrir el mensaje que su vida y misión encierran para nosotros hoy.

La historia de este joven sacerdote se remonta a finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX en Francia. Prepárate para andar aquellos caminos, y sentir la tierra que amó, disponte a conocer a la gente que le moldeó, y a sufrir las adversidades que le hicieron fuerte. Déjate cautivar por el mismo Dios que estuvo en el centro de sus aspiraciones.

Marcelino Champagnat quería a los jóvenes. Ellos, a su vez, se dejaron contagiar por su entusiasmo y energía. Tres cosas alimentaron su espiritualidad ardiente: la vivencia constante de que Dios está siempre presente, una confianza ilimitada en María, y las pequeñas virtudes de humildad y sencillez.

Fue un fundador joven. Tenía veintisiete años cuando invitó a sus dos primeros discípulos a seguir su proyecto. Dio una clara misión a los hermanos. Proclamad la palabra de Dios a los jóvenes, - les decía -, en especial a los más desatendidos. Estaba convencido de que para educar a los jóvenes primero hay que amarlos. Este principio orientó su vida y su trabajo, y deseaba lo mismo para sus hermanos.

Así que, pasa la página, y vamos a caminar al lado de este hombre, al que la iglesia proclama santo, hombre de su tiempo, y apóstol de la juventud. Eso es lo que fue Marcelino en su momento. Y lo sigue siendo para nosotros hoy.

Hno. Seán D. Sammon

Roma, Italia

22 de Enero de 1999

El mundo de Marcelino Champagnat



Capítulo I

El origen

Una guerra, un hombre y tres mujeres contribuyeron a modelar su carácter. Marcelino Champagnat nació el 20 de mayo de 1789, en la aldea francesa de Rosey, en una familia en la que él habría de ocupar el noveno lugar entre diez hermanos. A las pocas semanas estallaba una revolución en el país. Hacia la mitad de julio los insurgentes se apoderaban de la Bastilla, la famosa prisión de París. La liberación de sus siete presos, siendo de suyo poco más que simbólica, hizo entrever al pueblo francés de finales del siglo XVIII que su mundo estaba empezando a cambiar.

Juan Bautista Champagnat, padre del futuro santo, era un labrador acomodado que tenía formación. En un primer momento, fue uno de los que se adhirieron a la insurrección de 1789, tanto por sus propios ideales como por lo que esperaba ganar si las cosas salían adelante. Pasado el tiempo, sin embargo, parece que aquel primer ardor a favor del movimiento se le había ido enfriando, y ahora rechazaba los excesos cometidos, entre los que había que enumerar la decapitación del rey, la implacable política de llamamiento a filas, la orden de búsqueda y captura de sacerdotes y soldados fugitivos.

A lo largo del período revolucionario, el padre de Marcelino desempeñó varias funciones importantes de gobierno en la localidad de Marlhes, distinguiéndose por su moderación, paciencia y tacto político: allí no ejecutaron a nadie, no se llevaron preso a ninguno, no quemaron la iglesia ni la destinaron a otros usos. Juan Bautista era un hombre de reflexión, revolucionario, funcionario del gobierno, comerciante y granjero. Cabría preguntarse: siendo así el padre, ¿qué dones personales heredaría su hijo? El discernimiento, la compasión hacia los demás, diplomacia, pericia para administrar los bienes, la habilidad práctica de un trabajador.

¿Y qué decir de las mujeres que influyeron en Marcelino? María Teresa Chirat, su madre, fue la primera. Persona prudente y de temple decidido, se casó con Juan Bautista en 1775. Caracterizada por “una total integridad, fe inquebrantable y amor al trabajo”, esta mujer inició a su hijo en las prácticas de oración y encendió en él la primera llama de vocación.

Luisa Champagnat fue la segunda mujer que tuvo parte en la educación de Marcelino. Religiosa de las Hermanas de San José, y hermana a su vez de Juan Bautista, fue exclaustrada del convento por el nuevo gobierno, y se mantuvo fiel a su vida de consagrada en el seno de la familia durante el período en que arreció la agitación revolucionaria. Luisa se hizo cargo de la formación religiosa del niño; probablemente fue ella la primera que le inspiró el modelo de espiritualidad en el que la vida de oración se funde con la actitud de servicio a los demás.

Luego estaba María, la Madre de Jesús. Aunque fue un encuentro posterior en la vida de Marcelino, sin embargo se convirtió al final en la más influyente. La devoción a la Virgen formaba parte del rico patrimonio espiritual de las diócesis locales de Lyon y el Puy. Más adelante, Marcelino la colocaría en el centro de la comunidad de hermanos que fundó. Acorde con la espiritualidad de su tiempo y particularmente de la región que rodea Marllhes, Ella llegó a ser para él la “Buena Madre” y el “Recurso Ordinario”.

Por tanto, una guerra, un hombre y tres mujeres estuvieron en el comienzo de todo. Tomando estos hechos como punto de partida, vamos a responder a la pregunta que nos hacíamos al principio: ¿quién era Marcelino Champagnat? Como antes decíamos, sabemos que fue el fundador de los Hermanitos de María o, lo que es lo mismo, Hermanos Maristas. Era también un ciudadano francés de finales del siglo XVIII y principios del XIX, hombre perteneciente a su época con todas las virtudes y limitaciones que esa descripción implica. Pero ¿quién era él, en profundidad, y qué mensaje recibimos de su vida y misión para nosotros hoy? Una mirada a alguno de los acontecimientos, elementos y

personas que acompañaron sus primeros años, nos puede ayudar a encontrar respuestas a estas preguntas.

En el principio

Marcelino Champagnat fue bautizado al día siguiente de nacer, el jueves de la Ascensión de 1789. Vivió hasta los 51 años, en medio de dos revoluciones acaecidas en Francia. Una en 1789, otra unos cuarenta años más tarde. A lo largo de ese período se sucedieron diversos gobiernos revolucionarios, el directorio de Napoleón, la restauración borbónica, la revuelta de 1830, el reinado de la Casa de Orleans, y la sublevación de 1834 en Lyon.

También tuvieron lugar otras agitaciones sociales, quizá menos noticiables al principio, pero igual de dramáticas en su alcance y desestabilizadoras en el resultado. La Revolución Industrial, por ejemplo, se fraguó después de 1830 y transformó el mundo del trabajo, trayendo consigo la explotación de los proletarios y un cambio radical en su forma de vida.

Otros factores

El entorno también modeló a Marcelino. Al crecer en una región agreste, conocida como el Macizo Central, sus ojos estaban acostumbrados a las praderas, los arroyos tranquilos y los bosques de pinos. Pero la naturaleza es caprichosa en esta parte de Francia; a veces, puede incluso ser peligrosa. Los inviernos crudos hacen resistentes a sus habitantes. El medio natal ayudó a Marcelino a desarrollar las virtudes de tenacidad, capacidad de adaptación y fortaleza.

Educación primaria

La enseñanza salió malparada en las manos de la revolución. El clima de agitación interna y guerras en el exterior que se había vivido durante más de veinte años, había contribuido poco a estabilizar el proceso de enseñanza-aprendizaje dentro del esquema general de las cosas.

Marcelino asistió a la escuela poco tiempo. No consiguió demostrar mucha capacidad para el estudio formal. Tampoco se sentía muy motivado al ver el trato brutal que los maestros infligían a sus discípulos. A la edad de once años prefirió el trabajo de la granja al mundo de los libros. Más tarde, al ingresar en el seminario a la edad de dieciséis, llevó consigo esta carencia de formación. Deficiencia que sería una cruz para él a lo largo de toda su vida.

La llamada al sacerdocio

Tras la revolución, el poder de la Iglesia Católica había quedado notablemente disminuido. Napoleón Bonaparte le dio mayor libertad, pero por otras razones, planeaba utilizar a la Iglesia como pilar de su régimen.

En 1803, el cardenal José Fesch, tío de Napoleón, se hizo cargo de la archidiócesis de Lyon. Al ver el estado deplorable en que se encontraban sus sacerdotes a causa de los estragos de la revolución de 1789, se propuso con energía renovar la fuerza interna del clero. Un aspecto del plan consistía en levantar nuevos seminarios menores. Para llenarlos de candidatos, el prelado animó a los formadores diocesanos a dedicar parte de sus vacaciones al reclutamiento de vocaciones.

Siguiendo esa llamada, en 1803 llegó un sacerdote a Marlies con la intención de buscar jóvenes que quisieran ingresar en el seminario. El señor Alliot, párroco local, confesó que él no veía a nadie que le pareciera adecuado. Sin embargo, después de pensarlo unos instantes, sugirió al visitante que, tal vez, valdría la pena intentarlo en la familia Champagnat.

Entre los hermanos varones que vivían en la casa paterna, sólo Marcelino mostró algún interés ante la propuesta de prepararse para el sacerdocio. De todos modos, el joven era prácticamente iletrado. Podía expresarse bien en el dialecto regional del entorno de Marlies, pero tenía serios

problemas con la lectura y escritura del francés, y esto era un obligado requisito previo para abordar el estudio del latín y otras materias.

Preparación para el seminario

Una vez que hubo tomado la decisión de iniciar el camino del sacerdocio, Marcelino se propuso finalmente adquirir la debida formación. Con esta intención se procuró la ayuda de Benito Arnaud, esposo de su hermana María Ana. Su cuñado, que antaño había sido seminarista y ahora ejercía de maestro, gozaba de consideración como hombre culto, estimado e influyente. Marcelino se trasladó a la ciudad de Saint Sauveur, a vivir en la casa de su hermana por espacio de algunos meses en el transcurso de los años 1803, 1804 y 1805.

Los progresos, sin embargo, eran lentos, y el joven no parecía prometer gran cosa. Hasta que un buen día el maestro le aconsejó formalmente que dejara los estudios y dedicase su vida a otros menesteres.

Por si esto no fuera poco, la muerte repentina de su padre, acaecida en 1804, vino a sumarse a los contratiempos sufridos por el muchacho. Teniendo que soportar la frustración en los estudios, y ahora el fallecimiento del padre, seguramente pensó en regresar a casa para ayudar a llevar adelante la granja familiar. Sin embargo, por alguna razón, se afirmó en la idea de continuar estudiando. Tal vez los ánimos que le daba su madre le mantenían en esa decisión. El hermano Juan Bautista, su primer biógrafo, nos dice que en aquella época Marcelino se acercó a los sacramentos con más frecuencia, dedicó más tiempo a la oración y puso sus intenciones en manos de la Virgen.

Importante influencia formativa

Durante los meses transcurridos en Saint Sauveur, Marcelino tuvo la fortuna de poder brindar su ayuda al joven párroco de la localidad, Juan Bautista Soutrenon. Este sacerdote vivía pobremente, y era extraordinariamente sensible a las necesidades de sus feligreses. Hablaba con ellos en el dialecto de la región, por ejemplo, y no dudaba en

arremangarse la sotana para echarles una mano en los trabajos de la labranza.

Soutrenon gozaba también de predicamento entre los niños y los jóvenes de la parroquia. No es extraño que, años más tarde, Marcelino modelara su carácter de sacerdote siguiendo los pasos de este cura joven tan ferviente y entusiasta. El señor Soutrenon le inspiró mucho, y al volver de Saint Sauveur, el muchacho estaba más determinado que nunca a ingresar en el seminario.

Peregrinar en busca de ayuda

A pesar de los informes pesimistas de su cuñado acerca de sus capacidades, Marcelino se sentía atraído hacia el sacerdocio con fuerza. Esta idea le absorbía. Sensible a las preocupaciones de su hijo, María Teresa sugirió realizar una peregrinación a la tumba de San Francisco Regis, en La Louvesc.

Al regreso de aquella peregrinación y a pesar de la tenaz oposición de su cuñado, Marcelino comunicó a la familia su decisión de entrar en el seminario menor. Estaba convencido de que eso era lo que Dios le pedía y nadie iba a detenerlo.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Quiénes son las personas que te han ayudado a hacer realidad el sueño de tu vida y te han animado a vivirlo? ¿De qué manera concreta lo hicieron?

2. ¿Qué acontecimientos de tu vida te han hecho sentir la presencia de un proyecto de Dios sobre ti? El Señor trazó un itinerario en tu vida, ¿qué señales de ruta te han ido ayudando a seguir ese camino?

Capítulo II

Los años del seminario

El reverendo Périer era el alma del seminario de Verrières. Aquello se había instalado de modo provisional y no reunía condiciones. La mayoría de los seminaristas se alojaban en una casa parroquial que era amplia pero estaba bastante destartada. Para los que no cabían allí, hubo que habilitar espacio en un granero próximo. En la época de Marcelino, el número de residentes rondaba entre los ochenta y los cien jóvenes.

Él era mayor que la media de sus compañeros. Si en los estudios no destacaba, sobresalía, en cambio, en las tareas que requerían habilidad manual. Por decirlo en pocas palabras, allí donde surgía un quehacer que exigía fuerza, él daba la nota. A lo largo de los años de seminario, tuvo que luchar contra esa tendencia a desviarse en exceso hacia el trabajo físico, con el que conseguía resultados más tangibles que con el esfuerzo intelectual.

Marcelino terminó el primer año con negros nubarrones en el horizonte. El reverendo Périer dictaminó que no le veía capacitado para el sacerdocio. Y añadía en su comunicado al joven y a su madre que desaconsejaba absolutamente el regreso al seminario para el curso siguiente. María Teresa se llevó una gran decepción, pero inmediatamente se propuso resolver esta crisis surgida en la vida de su hijo.

Su primer recurso fue acudir a la oración. Madre e hijo hicieron juntos otra peregrinación a la tumba de San Juan Francisco Regis. Una vez efectuado el viaje, María Teresa utilizó otros medios más humanos para apoyar la causa del muchacho. El párroco Alliot estaba bien relacionado con el seminario, y ella le convenció de que tenía que intervenir. De la misma manera consiguió la ayuda del padre Linossier, miembro reciente del grupo de formadores de Verrières y persona muy respetada y cualificada. Merced al esfuerzo combinado de estos dos hombres, el rector revocó su decisión y volvió a admitir al joven.

El problema de Marcelino continúa

Este segundo año, el de 1806, comenzó con mejores auspicios que el primero. A pesar de que la clase era ahora más numerosa, el profesor Sr. Chomarez puso todo el empeño en mejorar la disciplina y conseguir que el latín fuese alcanzable para aquellos que deseaban en serio aprender la materia. El joven, a pesar de sus deficiencias gramaticales, aceptó el desafío.

Por esta época Marcelino estaba atravesando un período de juventud, caracterizado por amistades gregarias en las que no faltaba la juerga irreflexiva. Por ello pasó a formar parte de un grupo conocido como “La banda alegre”, compuesto por seminaristas que recorrían las tabernas de la localidad en las horas libres.

Pero según transcurría el año, fue adoptando un estilo de vida más austero. Continuó dedicándose con constancia a sus estudios del segundo curso del seminario. Hubo también dos acontecimientos que tuvieron lugar en el verano siguiente y que contribuyeron igualmente a atemperar su conducta expansiva. El primero fue la muerte repentina de su amigo Denis Duplay, acaecida el 2 de septiembre de 1807. El segundo fue una seria conversación mantenida con el reverendo Linossier, inspector del Seminario, que le planteó sin rodeos la necesidad de mejorar su actitud.

No cabe duda de que el fallecimiento de su madre, en 1810, influyó también en este cambio de Marcelino. Ella había desempeñado un papel importante en el impulso de su vocación sacerdotal, y cuando murió, el joven redobló sus esfuerzos en el seminario menor.

Según iba dando los primeros pasos en el proceso de su formación sacerdotal, Marcelino se fue haciendo más receptivo a la gracia transformadora de Dios en su vida. El Señor se sirvió de medios muy humanos para orientar la mente, el corazón, el espíritu y las energías del futuro santo hacia un único objetivo: amar a Jesús y ayudar a los demás a amarle también.

Los últimos años de Marcelino en Verrières

En 1810 entró en el seminario Juan Claudio Courveille. Este joven iba a jugar un papel central, años más tarde, en la primera andadura del movimiento marista. Marcelino continuó luchando con su autodisciplina. No siempre lo hacía con éxito. A lo largo de su estancia en Verrières, sin embargo, se acostumbró a pedir ayuda a Dios en todo momento. Esta confianza en Dios estaba ya conformándose como una de las piedras angulares de su espiritualidad.

Los años del seminario menor, ocho, fueron difíciles. El alojamiento y la alimentación dejaban mucho que desear. Así aprendió a hacerse fuerte. Ésa fue una lección importante y que le serviría de mucho en el futuro. Al cabo de unos meses pasó al seminario mayor de San Ireneo. Para un observador perspicaz, había ya algo que era obvio: desde un oscuro rincón de la Francia de principios del siglo XIX, el que habría de ser el fundador de los Hermanitos de María, estaba ya comenzando a cosechar los frutos de lo que con tanto esfuerzo había ido sembrando.

San Ireneo, el seminario mayor

El seminario mayor de San Ireneo estaba ubicado cerca de Lyon, la ciudad en la que confluyen dos ríos: el Saona y el Ródano. La basílica de Nuestra Señora de Fourvière, enclavada en lo alto de una escarpadura sobre la ciudad, domina la panorámica. La devoción a María ha sido siempre una característica de las gentes de la región. ¿Qué puede extrañar, por tanto, que Marcelino estrechara más si cabe sus vínculos con la Buena Madre durante los años transcurridos en San Ireneo?

Francia se vio convulsionada por cambios políticos vertiginosos en 1814. La onda expansiva de estos acontecimientos en cadena llegó también a los pasillos de San Ireneo. Napoleón abdicó el 6 de abril de 1814. Su tío, el cardenal Fesch, salió inmediatamente para Italia. Los Borbones retornaron al trono de Francia.

Los seminaristas, en su mayoría, se habían posicionado en contra de Napoleón. Por esta razón, a lo largo de 1814, una buena parte de su tiempo se perdía en discusiones y debates. Un historiador de esa época lo describe como “un año horrible”, un año en el que dentro del seminario se hablaba más de política que de teología.

A pesar del torbellino, Marcelino andaba muy alejado de aquellas cuestiones. Daba la impresión de estar deliberadamente al margen de ese tipo de compromiso. Y no era el único. Juan Claudio Colin, futuro fundador de los Padres Maristas y compañero de Marcelino en San Ireneo, alude a 1814 calificándolo de “año maldito”.

De todos modos, y a pesar del malestar ambiental de la época, el seminario de San Ireneo será siempre recordado como un lugar significativo por los frutos que en él se produjeron. San Juan María Vianney, que luego sería el cura de Ars, se contaba entre los compañeros de grupo de Marcelino.

El camino a la ordenación sacerdotal

Los superiores y formadores de San Ireneo tenían a Marcelino en gran estima. Y la impresión general sobre él era muy favorable. Un breve repaso de algunas de las resoluciones tomadas en el año 1814 por el joven seminarista, nos permite conocer aspectos de su itinerario espiritual en ese momento de su vida.

La práctica de la caridad aparece repetidamente puntualizada. El ambiente de discusiones políticas que caracterizaba la vida del seminario por entonces, sin duda tuvo que ver en la orientación de esa resolución. Podemos igualmente advertir en sus notas que la preparación para el sacerdocio le llevaba a “la negación de sí mismo, a la renuncia, a una vida de oración, de regla y de estudio”.

Los propósitos que tomaba para el tiempo de vacaciones destacan el aspecto de la oración habitual y el ejercicio de la presencia de Dios. El seminarista organizaba cuidadosamente su vida espiritual durante

aquellos períodos de descanso: oración, ayuno, visita a los enfermos, catequesis a los jóvenes. Aludiendo a su habilidad con los muchachos, Juliana Epalle – vecina de Champagnat y cuyo testimonio fue incluido en el proceso de beatificación- refería: “Enseñaba tan bien que, a menudo, tanto los adultos como los jóvenes permanecían hasta dos horas seguidas escuchándole sin aburrirse”.

Marcelino estimaba el amor a los demás como una medida de su amor a Dios. Ponía mucho énfasis en que hubiera armonía en el seno de la familia. Posteriormente, siendo ya sacerdote, también se distinguiría por su discernimiento prudente y delicado en cuestiones de conciencia. En La Valla, que fue su primer destino de cura, dejó un imborrable recuerdo como consejero, confesor y afable pastor de almas.

El movimiento Marista se pone en marcha

La Revolución Francesa había iniciado una oleada de persecución contra la Iglesia Católica. Las órdenes religiosas declinaron rápidamente en número e influencia.

Por el contrario, la Restauración puso en marcha un flujo de actividad religiosa. Muchas congregaciones que habían sido suprimidas volvieron a emerger, y otras distintas surgieron por doquier. El reverendo Bochart, uno de los vicarios generales de la diócesis de Lyon, también estaba decidido a fundar una nueva congregación. Finalmente formó un grupo llamado la Sociedad de la Cruz de Jesús. Vio en el seminario un campo fértil para obtener vocaciones con las cuales engrosar su pequeña banda. Con la esperanza de que así fuera, recurrió a la ayuda inestimable de un seminarista llamado Juan Claudio Courveille.

Courveille había nacido en una acomodada familia de comerciantes. Cuando fue al seminario llevaba consigo alguna historia personal. A la edad de diez años, por ejemplo, había contraído una seria dolencia ocular a causa de un brote de viruela. Su madre, preocupada por la visión del hijo, le llevó al santuario de Nuestra Señora del Puy. Allí, en 1809, a la edad de 22 años, se le curó la ceguera tras ser ungido con aceite de una

lámpara del santuario, aplicado sobre sus ojos enfermos. Este suceso indujo a Courveille a dedicar su vida al servicio de María. Años más tarde proclamaría que había escuchado una voz en la fiesta de la Asunción de 1812, que le llamaba a fundar la Sociedad de María. La finalidad de este grupo era concreta: hacer para la Iglesia del siglo XIX en Francia lo que los Jesuitas habían hecho por la Iglesia en el siglo XVI.

Bochard estaba deseoso de hablar con Courveille, sobre todo cuando supo los planes que tenía el joven de fundar una congregación. Ya que aquél, como antes hemos dicho, andaba madurando la idea de establecer su propia asociación religiosa, pensó que podría fusionar los dos proyectos.

El vicario general animó a Courveille a buscar miembros para el grupo Marista que tenía en mente. Las intenciones de Bochard, sin embargo, no eran puras como la nieve: se dedicó a evaluar a cada uno de los hombres en los que se iba fijando Courveille, con ánimo de cogerlos finalmente para la Sociedad de la Cruz de Jesús.

Ajeno a los esquemas del vicario, Courveille continuó con su búsqueda de vocaciones y en poco tiempo había reunido quince candidatos. Todos ellos en edades entre los veinte y los treinta años, y que procedían, mayormente, de familias francesas campesinas. Estos hombres pasaron el curso 1814–1815 profundizando en los principios fundamentales de la nueva Sociedad. Ésta se compondría de sacerdotes, hermanos auxiliares, hermanas y hombres y mujeres seculares. El grupo de sacerdotes constituiría el núcleo de la Sociedad.

Ya desde los primeros diálogos, Marcelino propugnó la idea de introducir otra rama en la Sociedad, una que estuviese formada por hermanos educadores. Sus compañeros de seminario no mostraban excesivo entusiasmo ante ese plan. Ahora ya sabemos que Marcelino, aparte de otras cosas, era un espíritu tenaz. Se mantuvo firme en sus pensamientos, y finalmente los otros accedieron: la Sociedad de María incluiría entre sus miembros un grupo de hermanos dedicados a la

enseñanza. De todos modos, la responsabilidad de llevar adelante el proyecto quedaba en las manos del que había propuesto la fundación.

¿De dónde venía esa insistencia de Marcelino para que el grupo de hermanos formara parte de la nueva Sociedad? Antes que nada, él quería atender la lacerante falta de educación religiosa que se daba en aquellos tiempos. El hermano Juan Bautista pone en boca de Marcelino estas palabras: “Necesitamos hermanos que enseñen el catecismo, que ayuden a los misioneros y que dirijan escuelas”. Su sueño era ambicioso: dar a conocer a Jesús y hacerlo amar entre los jóvenes, particularmente los más desatendidos.

Podemos encontrar otras razones que nos llevarían a recordar las experiencias personales de Marcelino, sus peleas con el francés, su falta de base académica a la hora de ir al seminario, el sonrojo que debió experimentar al compartir las clases con compañeros más jóvenes y mejor preparados.

En 1815 el gobierno había admitido también que existía déficit de escuelas en Francia. El Comité de Instrucción Pública, que se había tomado el deber de organizar la educación en todo el país, presionó a los ayuntamientos para que se adoptaran medidas tendentes a garantizar la enseñanza primaria a todos los niños de la localidad, y que ésta fuera gratis para los pobres.

Ya se habían dado algunos pasos iniciales para atajar la crisis educativa del país. Napoleón había rehabilitado a los hermanos de La Salle en 1803 junto con algunas congregaciones religiosas femeninas. Aunque Marcelino valoraba el trabajo de aquéllos, sabía que sus esfuerzos estaban concentrados en los muchachos de las áreas urbanas. Y suspiraba por poder brindar las mismas oportunidades a los jóvenes de los caseríos, aldeas y pequeños poblados de la montaña.

También es posible que Marcelino estuviese al corriente de los detalles de la Real Ordenanza del 29 de febrero de 1816, mediante la cual se ofrecían subvenciones para los que quisieran colaborar en el campo de la

educación. Todos estos factores le impulsaban a llevar adelante su proyecto. Sin embargo, sería el encuentro que tuvo con un joven llamado Juan Bautista Montagne lo que hizo cristalizar su sueño y le movió a convertirlo en realidad sin dilación.

La ordenación

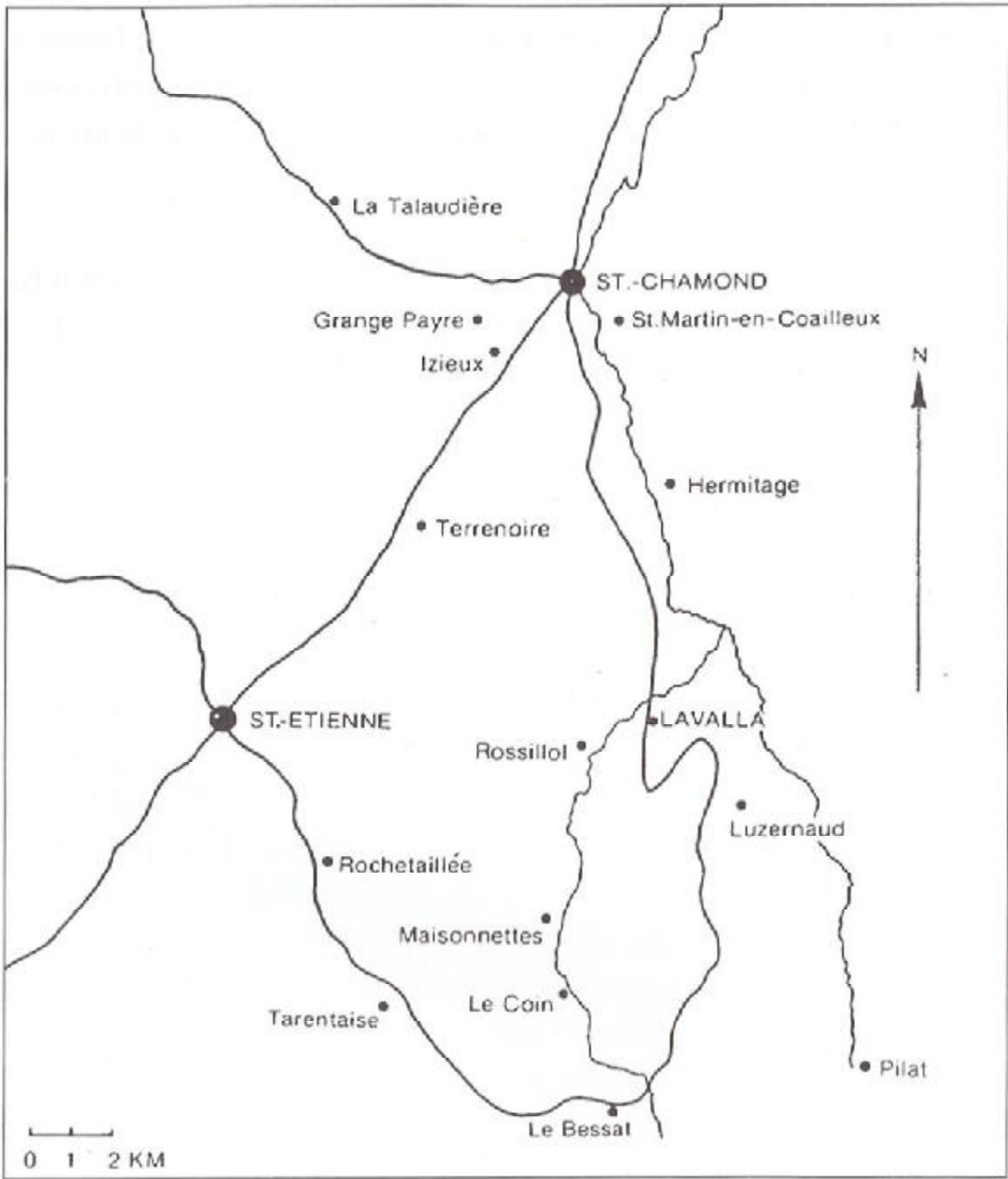
El 22 de julio de 1816 Marcelino vio colmada su aspiración de muchos años: Monseñor Dubourg, obispo de Nueva Orleans, le ordenó de sacerdote. Con él compartían el gozo del sacramento recibido otros siete miembros del grupo que ya empezaba a ser conocido con el nombre de Maristas. Al día siguiente de la ordenación, los ocho, acompañados de cuatro seminaristas, peregrinaban a Fourvière. La basílica que se alza hoy en ese lugar no existía entonces. Ellos acudieron al santuario de la Virgen Negra, una pequeña capilla que quedó luego anexionada a la edificación posterior. Juan Claudio Courveille ofició la misa para el grupo. Seguidamente, los doce renovaron sus promesas y consagraron sus vidas a la Virgen María.

El proyecto original de aquellos hombres contemplaba una Sociedad, no varias. Las diversas ramas componentes habrían de subordinarse a la unidad del conjunto. Al hacer sus promesas en Fourvière, los primeros maristas sabían que se estaban comprometiendo a futuras misiones. Por el momento, seguían sujetos a la autoridad eclesiástica que envió a los recién ordenados a diversos destinos repartidos a lo largo y ancho de la extensa diócesis de Lyon. Y de esta manera tenemos a Marcelino trasladándose a la aldea de La Valla, situada en las obscuras estribaciones de los montes del Pilat. Allí comenzó su labor sacerdotal, el 13 de agosto de 1816, dos días antes de la fiesta de la Asunción.

Preguntas para la reflexión

1. Marcelino afrontó retos difíciles en su camino hacia el sacerdocio. ¿Has experimentado tú desafíos similares a lo largo de tu vida? ¿En qué medida han contribuido tales desafíos a fortalecer y modelar tu espíritu? ¿De qué medios te serviste para superarlos?
2. Al repasar este período de la vida de Marcelino, ¿qué cualidades admiras más en este hombre? ¿Qué aspectos de esas cualidades destacas concretamente?

La Valla y sus alrededores



Capítulo III

Joven sacerdote y joven fundador

Uno se pregunta si la adversidad era compañera de ruta de Marcelino. Ya hemos visto cómo su camino hacia el sacerdocio estuvo sembrado de obstáculos. Volvería a encontrárselos de nuevo en la persona de Juan Bautista Rebod, párroco de La Valla, su primer destino.

Rebod era un hombre desafortunado. Si la Iglesia no hubiese quedado desolada tras la Revolución, seguramente en el seminario le habrían aconsejado tomar otros derroteros distintos del sacerdocio. Pero, al contrario, le dieron una formación rápida, fue ordenado y le pusieron de párroco en La Valla en 1812.

El hombre sufría de artritis y tenía un tartamudeo al hablar, bebía en exceso y hacía poca cosa para animar la vida de la parroquia. Cuando Marcelino llegó allí en 1816, encontró mucho deterioro y desorden tanto en la casa cural como en la Iglesia.

Más grave aún, a causa de la desidia de Rebod, la comunidad parroquial se encontraba en estado deplorable. La codicia, la rivalidad y la falta de amor por los demás corroían las relaciones personales; había mucha dejación de los deberes religiosos en la práctica de la fe. El párroco, incapaz de superar, sus propios problemas personales, andaba perdido sin saber qué hacer.

La Valla tampoco era Marlhés. El entorno de las dos regiones difería considerablemente. El término La Valla, que tiene que ver con "valle", es ciertamente un eufemismo cuando se aplica al panorama de los montes del Pilat. Allí no proliferan los terrenos de cultivo rodeados de suaves colinas, más bien son la excepción en aquella zona escarpada. La visión más habitual, la forman los barrancos, las rocas y arroyos de montaña que caen con rapidez arrastrando piedras y tierra. En los tiempos del joven coadjutor, algunos lugares eran prácticamente inaccesibles por

falta de caminos adecuados. Sin duda alguna le tocó a Marcelino un destino dificultoso, situado en medio de un paisaje abrupto.

La gente de La Valla y la Revolución

Una cierta sencillez caracterizaba la vida en La Valla. Durante los meses de verano el trabajo exterior ocupaba el día entero. Con el invierno llegaban los largos anocheceres, dedicados a tejer, a reparar las herramientas y a la tertulia junto a la chimenea. Los vecinos se reunían para charlar, cantar o ayudar en las tareas. La unidad familiar se mantenía sólida.

La Revolución supuso alguna amenaza para este modo de vida que estaba ampliamente asumido, los hombres se veían forzados a acudir a los mítines, y pasaban menos tiempo en casa. Unos se iban a la taberna a beber, a discutir de política, leer los periódicos o escuchar su lectura. Otros invertían su tiempo elaborando pasquines y manifiestos impresos rudimentariamente. Se hablaba de la emancipación de la mujer.

Prácticas de ascetismo

Para mantener encendido su fervor personal, el joven sacerdote se marcó un riguroso plan de vida ascética. Se levantaba a las cuatro de la madrugada y comenzaba la jornada con media hora de meditación. Antes de la misa se recogía en oración durante quince minutos. A pesar de trabajar intensamente en el apostolado de la parroquia, todavía encontraba tiempo para estudiar teología al menos por espacio de una hora diariamente. Los viernes ayunaba y visitaba puntualmente a los enfermos de la parroquia.

La práctica de la presencia de Dios centraba cada vez más la vida espiritual de Marcelino. Sin embargo no le resultaba fácil llegar a una relación cada vez más profunda con Jesús y María; en ese sendero tropezaba con tramos accidentados.

El coadjutor

Marcelino se esforzaba por adquirir un talante comprensivo, y tenía buenas razones para empeñarse en ello. Frecuentemente le llamaban para atender a personas que se enzarzaban en riñas acaloradas. En esas situaciones, su espíritu conciliador, el carácter animoso y la sencillez personal contribuían a lograr la reconciliación.

El joven sacerdote tenía también un don especial para corregir a la gente de una manera que resultaba asimilable. Sabía reprender sin lesionar la autoestima. En consecuencia, muchos de sus parroquianos acabaron aceptando fallos personales que anteriormente nunca habían querido admitir cuando fueron otros los que se lo advertían.

Por necesidad y por temperamento, Marcelino pasaba horas preparando sus sermones. Estudio, reflexión y oración eran los ingredientes que ponía en estas lecciones. Al principio sus sermones eran sencillos y cortos; los feligreses estaban impresionados. El coadjutor amenizaba sus instrucciones con episodios de la vida diaria en la aldea. Dicho en otras palabras, Marcelino hablaba en el lenguaje de la gente a la que había ido a servir; de esa manera, cuando predicaba el mensaje de Jesús, sus palabras entraban en el corazón de los fieles.

Pero donde mejor desempeñaba su labor pastoral era en el confesionario. A pesar del rigorismo de la formación recibida en el seminario, Marcelino supo mantener un espíritu de compasión, prudencia y comprensión ante las debilidades humanas.

De todos modos, era un hombre de su época. Por ejemplo, la costumbre del baile había sido siempre un pasatiempo preferido de la gente de La Valla. Pero cuando los ejércitos de Napoleón volvieron de los Estados Germánicos, trajeron de allí una nueva forma de bailar: el vals. En las danzas tradicionales de la región, las parejas raramente se tocaban, y aún así era sólo para tomarse de la mano ligeramente, lo cual difícilmente podría suscitar pasiones. Pero en el vals había que abrazarse y moverse al unísono.

Es probable que Marcelino, fiel a la formación recibida y al espíritu de los tiempos, se opusiera tenazmente a este tipo de baile. El hermano Juan Bautista señala que esa oposición se manifestaba de forma activa cada vez que se organizaba una fiesta en la que se iba a bailar el vals.

Rebod, el párroco, continuaba siendo una espina en la vida del joven coadjutor. Marcelino nunca fue un soñador indolente, prefería actuar para convertir en realidad los sueños. Pero a los ojos del párroco, sus iniciativas sólo servían para perturbar la vida parroquial de La Valla. Molesto por la actividad del coadjutor, o quizá celoso por la relación cordial que mantenía con los feligreses, Rebod no perdía ocasión de criticarle o trataba de humillarle en público. Pero a pesar del antagonismo del párroco, Marcelino ganaba los corazones de los que venían a rezar con él o a escuchar sus predicaciones

Posteriormente, cuando el joven sacerdote comenzó con su grupo de hermanos, Rebod se opuso frontalmente al proyecto, y no desperdiciaba la oportunidad de manifestarlo públicamente buscando intimidar o desconcertar a su iniciador.

Marcelino respondía a esta hostilidad con un admirable control de sí mismo, tratando de ayudar a su párroco con la oración y aconsejándole respetuosamente. Llegó incluso a privarse del vino en las comidas esperando que el buen ejemplo pudiera ayudar al compañero. Pero a pesar de los esfuerzos del coadjutor, al final no hubo solución. Las protestas contra el párroco se hicieron cada vez más frecuentes y clamorosas, y así continuaron entrados ya en 1824. En junio de ese año, la autoridad diocesana retiró a Rebod de la parroquia. Seis meses más tarde moría a la edad de cuarenta y ocho años.

Necesitamos Hermanos

Como antes hemos dicho, Marcelino conocía bien la carencia de escuelas que padecía Francia, sobre todo en las zonas rurales. Un informe sobre la educación en el Departamento del Loira, al que pertenecía La Valla,

decía a este respecto: “Los jóvenes viven en la más profunda ignorancia y malgastan su tiempo de una manera alarmante”.

Los maestros no disfrutaban de mucha consideración. En un documento se les describía como unos “borrachos, irreligiosos, inmorales, la escoria de la raza humana”. Hemos de admitir que el panorama educativo mejoró algo bajo el directorio de Napoleón y también después de la llegada de Luís XVII al trono. La Ordenanza de febrero de 1816 autorizaba la edición de libros de texto adecuados, el establecimiento de escuelas piloto, y fijaba el sueldo de los maestros. Daba también un fuerte impulso a la educación primaria: se pidió a cada parroquia que se hiciera cargo de dotarla. Los niños cuyas familias no podían costear sus estudios, recibirían educación gratuitamente. El clima era propicio para que Marcelino llevase a cabo su proyecto.

Pero él no quería solamente ofrecer mejores oportunidades educativas a los jóvenes. También le preocupaba su formación religiosa y su conocimiento de Dios. Se le oía decir con frecuencia: “No puedo ver un niño sin sentir deseos de darle a conocer cuánto le ha amado Jesucristo y cuánto debe amar él a su Salvador”.

El joven sacerdote veía igualmente la educación como un medio de armonizar fe y cultura. El hermano Juan Bautista nos dice: “Al fundar su Instituto, el padre Champagnat tenía en la mente más intuiciones que la única de procurar educación primaria a los niños o incluso la de enseñarles los principios de la religión. Decía: “Aspiramos a más, queremos educar a los niños, instruirles en sus deberes, enseñarles a cumplirlos, infundirles un espíritu cristiano, y formarles en las costumbres y en las virtudes que debe tener un buen cristiano y un buen ciudadano”.

Aunque ya existían dos escuelas en la parroquia de La Valla, Marcelino no abandonó su idea de establecer un grupo de religiosos educadores como parte de la Sociedad de María. Hacía tiempo que le había sorprendido gratamente la piedad y la buena conducta de un joven

parroquiano de veintidós años llamado Juan María Granjon, que había sido soldado de la Guardia Imperial de Napoleón.

Cierto día, el joven vino a buscar al coadjutor para que acudiese a visitar a un enfermo de su vecindad. Durante el camino, Marcelino fue observando el carácter y la disposición de su acompañante. Y quedó tan complacido de las respuestas que Granjon iba dando a sus preguntas que, al día siguiente, aprovechando una nueva visita al enfermo, le entregó un ejemplar de *El Manual del Cristiano*.

El mozo se negó a tomar el libro indicando que no sabía leer. Pero el coadjutor no se desalentó por ello y le dijo: “Es igual, cógelo. Puedes usarlo para aprender a leer. Yo mismo te daré lecciones si quieres”. Granjon aceptó el ofrecimiento del cura.

Marcelino y Juan Bautista Montagne

Poco después, el 28 de octubre de 1816, ocurrió un suceso que movió definitivamente a Marcelino a poner en marcha su proyecto. Le llamaron para que fuera al caserío de un carpintero de Les Palais, pequeño núcleo situado más allá del Bessat. Allí un joven de diecisiete años se estaba muriendo. El muchacho ignoraba por completo las verdades de la fe. Marcelino le enseñó, le escuchó en confesión y le preparó a bien morir. Luego salió para visitar a otro enfermo de las cercanías. Cuando volvió al caserío de Montagne, le dijeron que Juan Bautista ya había muerto.

Este encuentro transformó a Marcelino. El desconocimiento que el muchacho tenía sobre Jesús le convenció de que Dios le llamaba a fundar una congregación de hermanos que evangelizaran a los jóvenes, en especial a los más desatendidos. En el tiempo que invirtió de regreso a la casa parroquial, ya tenía la decisión tomada: invitaría a Juan María Granjon a convertirse en el primer miembro de su comunidad de hermanos educadores.

El primer discípulo

Juan María aceptó la invitación del coadjutor el 28 de octubre de 1816. Estaba deseoso de dedicarse plenamente a la tarea. Ése fue el primer paso de la fundación de los Hermanitos de María. El siguiente paso vendría enseguida.

Había una casita en venta, cerca de la casa cural. Marcelino quería comprarla, pero el párroco Rebod se oponía a la mudanza. Sin embargo, Marcelino consiguió un préstamo de Juan Claudio Courveille por valor de la mitad del precio de la venta. Courveille era a la sazón coadjutor de la cercana población de Rive-de-Gier, y con este préstamo dejaba clara la diferencia entre las fundaciones de ambos. Marcelino firmó un contrato provisional con Juan Bautista Bonner, el propietario, y se dedicó a acondicionar la vieja casa. Hizo también dos camas de madera y una pequeña mesa de comedor. Si ya estos comienzos llenaban de ilusión al joven fundador, un acontecimiento mucho más prometedor se añadió pronto: otra nueva vocación.

La comunidad empieza a crecer

Juan Bautista Audras, el futuro hermano Luís, no tenía aún los quince años de edad cuando pidió ingresar en los hermanos de la Salle de Saint Chamond. Viendo que todavía era muy joven, le aconsejaron que siguiera madurando la vocación con su confesor. La providencia quiso que dicho confesor no fuera otro que el coadjutor de La Valla. El muchacho manifestó a Marcelino su decisión de consagrarse al Señor. El sacerdote habló con él, se entrevistó con sus padres, y después de reflexionar serenamente en la oración sobre ello, invitó al joven Audras a unirse a Granjon.

Dos meses después los arreglos de la casa estaban terminados. Aquellos primeros discípulos se fueron a vivir allí el día 2 de enero de 1817. Desde entonces y hasta hoy, la casita de Bonner ha sido considerada entre los hermanos Maristas como la “cuna” del Instituto, y el día 2 de enero de 1817, como la fecha fundacional de los Hermanitos de María.

Sus miembros habían de abrazar una espiritualidad caracterizada por la experiencia de la presencia de Dios, la confianza en la protección de la Virgen María y la práctica de las “pequeñas” virtudes de humildad y sencillez.

A partir de entonces Granjon y Audras compartieron la vida en la casa. Marcelino les enseñaba a leer y les formaba en las habilidades que tendrían que mostrar para educar a los niños. También les fue formando en la oración les enseñó a fabricar clavos para colaborar, con su venta, en el sostenimiento de la comunidad.

Los dos jóvenes aspirantes asistían al coadjutor en las tareas pastorales. Visitaban y ayudaban a los ancianos de los caseríos, recogían leña para los necesitados y les llevaban comida con regularidad.

El fundador forma a sus hermanos

Marcelino encargó a Claudio Maisonneuve, un exhermano de La Salle, la instrucción pedagógica de sus discípulos para que se iniciasen en la teoría y la práctica de la docencia. Pero Marcelino se reservó para sí la tarea de la formación religiosa y la preparación de base. Era un catequista consumado y también les ayudaba a avanzar en los conocimientos generales.

No tardó en aparecer por allí alguien que luego se convertiría en la tercera vocación de los Hermanitos de María de una manera inusual. Se trataba de Juan Claudio Audras que llegó a La Valla con un encargo concreto de sus padres: reclamar a su hermano Juan Bautista y llevárselo a casa. Pero éste no tenía ningún deseo de volver con su familia y rogó insistentemente a Marcelino: “Mi hermano ha venido para llevarme a casa, pero yo no quiero ir. Por favor, diga a mis padres que me dejen tranquilo”.

Mientras trataba de calmar al muchacho, Marcelino estuvo dialogando con Juan Claudio, y acabó convenciéndole de que también él tenía cualidades para llegar a ser un buen religioso. De tal manera que, en lugar de llevar a cabo el recado que sus padres le habían dado, el mozo

decidió quedarse a vivir con su hermano pequeño y con Granjon. Y parece que no hubo desacuerdo por parte de la familia ya que Juan Claudio se convirtió en el tercer miembro de la comunidad desde diciembre de 1817. Posteriormente tomaría el nombre de hermano Lorenzo. En el transcurso de los seis meses siguientes aparecieron tres nuevos candidatos, entre ellos Gabriel Rivat, conocido después como el hermano Francisco, que sería veinte años más tarde el sucesor de Marcelino Champagnat en calidad de superior de los hermanos. Para junio de 1818, eran ya seis los jóvenes que vivían en la que fuera casa Bonner de La Valla.

Comienzo del apostolado

En aquella época la escolaridad en Francia se limitaba a los meses de invierno, debido a que cuando llegaba el buen tiempo todos los brazos eran necesarios en casa para las labores de la granja. Por eso mismo, en mayo de 1818, habiendo concluido su trabajo por los caseríos, Maisonneuve pudo volver a La Valla para el período de verano. Se puso en marcha una pequeña escuela mixta en la casa de los hermanos, bajo su dirección. Ellos aprendían observando cómo hacía el maestro y ayudándole en la medida de sus posibilidades.

Cuando Maisonneuve marchó definitivamente, Marcelino mantuvo la escuela y nombró director a Juan María Granjon, primer miembro del Instituto. Juan María se entregó plenamente a la tarea que se le había encomendado entre aquellos niños, muchos de los cuales eran huérfanos y abandonados.

Con el paso de los días se iba haciendo cada vez más notorio el buen hacer de los hermanos en las clases y por los caseríos. El cura Alliot, el que había bautizado a Marcelino, le pidió que abriera una escuela en Marllhes. A fines de 1818 dos hermanos acudieron allá con esa misión.

La vida comunitaria toma forma

La vida comunitaria se desarrollaba al mismo tiempo que lo hacía la escuela de La Valla. A instancias de Marcelino los hermanos eligieron un superior, recayendo esa función en Juan María Granjon, que era el mayor de entre ellos. Se elaboró un reglamento diario, que comenzaba a las cinco de la mañana. A esa hora se levantaban para tener juntos un rato de oración. Ellos mismos se preparaban la comida, siguiendo riguroso turno uno por uno. De todos modos, es probable que los jóvenes discípulos de Marcelino no llegaran jamás a las altas cumbres del arte culinario, ya que la dieta se circunscribía a un ciclo bastante repetido de sopa, legumbres y queso.

Un buen día, el coadjutor también se mudó de la casa parroquial para irse a vivir con sus hermanos. Este paso constituye otro momento decisivo en el itinerario espiritual de Marcelino. Con la mirada de la fe podemos entrever que el sacerdote no dudaba, una vez más, en abrazar la misión a la que Dios le llamaba

Aunque el párroco Rebod le dio permiso para efectuar el cambio, no dejó de advertirle que se iba a cansar pronto de vivir en aquellas condiciones de pobreza. A los hermanos les llenó de alegría ver entre ellos al fundador, trabajando y rezando con ellos, compartiendo el mismo alimento, organizando las cosas y ayudándoles en su formación pedagógica. No sabemos si el espíritu de igualdad y fraternidad había hundido sus raíces en la Francia del siglo XIX, pero lo cierto es que sí que estaba entretejiendo ya la hermosa tapicería que constituiría, con el tiempo, el distintivo y característica del estilo de vida de los Hermanitos de María.

Antes de seguir adelante, añadamos unas palabras sobre el párroco Rebod. A pesar de que el hombre fue, a menudo, una verdadera cruz para su coadjutor, tenemos que inspirarnos en los sentimientos de compasión de Marcelino para juzgarle. Está claro que Rebod era un espíritu desasosegado e infeliz. Abusaba del alcohol. En otra época habría obtenido ayuda más especializada para su problema. Incluso podría

haber dado otro rumbo a su vida. No sabemos en cuántas almas tuvo una influencia positiva. Tuvo que haberlas. Para Marcelino, en cambio, fue con frecuencia una fuente de tensión. Pero el joven coadjutor nos ha dejado el ejemplo de haber sabido responder al antagonismo de Rebod con paciencia y comprensión.

El problema del dinero

Aunque Marcelino era un cuidadoso administrador de los bienes, el dinero vino a ser un problema permanente para la pequeña comunidad. El trabajo manual, característico entre los hermanos, contribuía a recortar los gastos. Los ingresos obtenidos con la manufactura de clavos, el modesto sueldo de cura de Marcelino y las donaciones de algunos parroquianos, ayudaban a la comunidad a mantener la cabeza financiera fuera del agua.

El fundador enviaba a sus discípulos, cuando estimaba que estaban ya preparados, a los poblamientos rurales cercanos y a las localidades de La Valla y Marlhés. Los Hermanos acudían llenos de fervor, afecto fraternal y celo apostólico.

Todo eso iban a necesitar en los tiempos que se avecinaban. Más allá de las montañas que rodean La Valla, en la sede episcopal de Lyon, se estaba fraguando la adversidad para la joven comunidad. En medio de todas las intrigas había un hombre, el mismo vicario general que tanto interés había mostrado en los planes de Juan Claudio Courveille y su idea de establecer una nueva congregación religiosa. Estamos hablando de Juan Claudio Bochard.

Preguntas para la reflexión

1. Las necesidades de los demás y su sufrimiento a menudo nos influyen y nos transforman. ¿De qué manera se produjo ese mismo efecto en el carácter de Marcelino, su visión de la vida y su espiritualidad? ¿En qué medida contribuyeron a convertirle en la persona que llegó a ser?
2. ¿De qué manera te han influido y te han transformado a ti las necesidades de los demás y su sufrimiento hasta convertirte en la persona que eres hoy? ¿En qué medida te ha impulsado eso mismo a actuar en el nombre del evangelio?

Capítulo IV

El Instituto comienza su andadura

Bochard era un rival temible. De temperamento nervioso, entrometido por naturaleza, excesivo en la alabanza y en el denuesto, era uno de los tres vicarios generales de Lyon. No gozaba de mucha popularidad entre los curas y apoyaba abiertamente el galicanismo. Estando ausente el cardenal Fesch, era él quien llevaba los asuntos diocesanos.

El vicario estaba decidido a integrar a los hermanos de La Valla dentro de su propia Sociedad. Convocó a Marcelino en Lyon y le expuso sus argumentos. Cuando terminó la entrevista, Bochard estaba seguro de que había aprovechado el día, pero se equivocaba. Marcelino salió más convencido de que nunca de que estaba cumpliendo la voluntad de Dios. No experimentaba ningún deseo de dar una respuesta inmediata a la oferta del vicario. Al contrario, decidió seguir el consejo de los antiguos: apresúrate despacio. Sus asesores, entre los que había algunos sacerdotes que ocupaban cargos en la curia, le animaban a seguir adelante.

La obra de Marcelino continuaba creciendo: en 1822 se abrió otra escuela en Saint-Sauveur, importante núcleo comercial de la región. Ello da fe de la alta estima en que se tenía a los hermanos y al trabajo que realizaban.

En la escuela de Marllhes hubo algunos problemas. El párroco Alliot se negaba a mejorar las instalaciones de los hermanos y sus alumnos. El hermano Juan Bautista describe la casa de Marllhes con los términos de “pequeña, húmeda, insana”. Marcelino intervino personalmente y solicitó que se acondicionara debidamente aquella obra. Alliot no dio el brazo a torcer. Entonces el fundador tomó una difícil decisión: retiró a los hermanos de la escuela de su parroquia natal. Marcelino se lo comunicó al cura por carta: “Su casa está en tan malas condiciones que yo no puedo en conciencia dejar allí ni a los hermanos ni a los niños”.

Este incidente nos enseña una lección importante sobre Marcelino. Siendo como era un hombre generoso, también sabía decir “no” cuando era necesario. Si tenemos en cuenta que ni él ni sus discípulos eran en absoluto exigentes, sino todo lo contrario, bien parece que la situación de Marllhes debía ser ciertamente desoladora. La vida de los hermanos del Instituto estaba caracterizada por la sencillez y la pobreza. Sin embargo, el fundador también procuraba que hubiese un alojamiento digno para aquellos cuyo bienestar estaba bajo su responsabilidad.

Era consciente de que ciertas condiciones, tales como unas instalaciones adecuadas, son necesarias para llevar adelante un proyecto educativo. Le gustaba decir que para educar a los niños hay que amarlos. Y enseñarles en unos locales dignos era una manera de manifestar activamente ese amor.

Crisis de vocaciones

Hacia febrero de 1822, la congregación estaba formada por diez hermanos. Sus dones personales eran diversos, y no todos estaban hechos para la clase. Algunos tenían habilidades manuales que producían ganancias, harto necesarias para el sostenimiento de la comunidad, o estaban más capacitados para la administración interna. Por ejemplo, uno de los postulantes era consumado tejedor. Su trabajo reemplazó pronto al de la manufactura de clavos como medio de mantener a los hermanos.

Pero Marcelino estaba preocupado. La fuente de las vocaciones parecía haberse secado. Llegó a preguntarse si el Instituto y su misión tenían futuro. Como de costumbre se encomendó a la Virgen María y le trasladó el problema: “Ésta es tu obra; si quieres que florezca, tendrás que darnos los medios para que así sea”.

En marzo de aquel mismo año un joven solicitó ser admitido en la comunidad. Perteneecía a una prestigiosa familia, conocida por su posición y su religiosidad. El mozo había estado ya seis años con los hermanos de La Salle de Saint-Chamond, pero finalmente le habían devuelto a casa.

Después de tres días de prueba, Marcelino se negó a admitirle en su congregación. El joven volvió a insistir: “¿Me recibirá si le traigo media docena de buenos candidatos?” Persuadido de que sólo un milagro podría producir ese resultado, el sacerdote aceptó la propuesta.

Dos semanas más tarde volvió el individuo por La Valla acompañado de ocho muchachos. Marcelino se quedó estupefacto, sin lugar a dudas. Aunque algunos del grupo le causaron buena impresión, decidió no aceptar a nadie. ¿Por qué? Una razón era que sabía muy poco de ellos; otra, que no había sitio suficiente en la casa para alojarlos.

No obstante, los recién llegados, que también estaban gratamente impresionados con el fundador, le suplicaron una y otra vez que les dejara quedarse. Marcelino reunió a los hermanos más veteranos de la comunidad y les pidió consejo. Éstos, conscientes de que el Padre Champagnat veía la mano de la Providencia en la llegada inesperada de aquel grupo, le aconsejaron que los admitiera, pero también le recomendaron que les sometiera a pruebas especiales para confirmar su vocación.

Quince días después, el líder del grupo se marchaba; otros cinco le seguirían posteriormente. De los tres que quedaron, dos fueron Maristas hasta el final: el hermano Hilarion y el hermano Juan Bautista, que con el tiempo sería asistente del Superior general y primer biógrafo de Marcelino.

La historia tiene otro final feliz añadido. Los ocho muchachos habían sido reclutados en la región del Alto Loira, una zona que – hasta entonces – no estaba en los pensamientos del fundador como cantera de vocaciones. Pronto envió allá a un promotor para sondear el ambiente. Al cabo de seis meses, más de veinte postulantes procedentes de aquella región habían ingresado en el grupo. Durante los años siguientes, Marcelino repetiría una y otra vez que había sido Nuestra Señora del Puy la que se los había enviado.

Otros avatares

En abril de 1822 se presentó inesperadamente en La Valla el inspector Guillard, de la Academia de París. ¿Con qué objeto? Investigar ciertas informaciones que le habían llegado sobre una supuesta enseñanza clandestina del Latín. Sólo la Academia, consejo escolar de clasificación, podía autorizar esa instrucción. Era un privilegio que la entidad mantenía celosamente.

El inspector se llevó una gran decepción, porque no encontró ni estudiantes ni señal alguna de que allí se enseñase latín. Los rumores eran totalmente infundados.

Lo que sí descubrió Guillard era que Marcelino – hasta el día de la fecha – no había solicitado la autorización legal para el Instituto que había fundado cinco años antes. Este descuido sorprendió al inspector. Cuando le preguntó sobre ello, el sacerdote le explicó llanamente que primero quería estar seguro de que su obra iba a seguir adelante, luego ya vendría la aprobación. Aquí vemos una vez más el realismo y el sentido práctico de Marcelino: conseguir la autorización para una aventura que podría venirse abajo finalmente, no pasaría de ser una vana satisfacción personal.

Antes de marchar, el inspector se dio una vuelta por las dependencias donde residía Marcelino con sus hermanos. Aquello no le impresionó: “Visitamos la casa de la congregación – escribiría en su informe – y todo daba sensación de pobreza, incluso de bastante desorden”. Tenemos que decir, en defensa del cuidado de las cosas por parte de los primeros hermanos, que por aquel entonces se estaba acondicionando un nuevo comedor, debido al aumento de los postulantes, y que también se estaban haciendo obras en el granero con el fin de añadir espacio para dormitorio.

Pero que no quepa la menor duda de que Marcelino y sus discípulos vivían con extrema sencillez. El hermano Lorenzo, seguidor temprano y fiel del fundador, describía las circunstancias materiales de la primera

comunidad con estas palabras: “Éramos muy pobres en los comienzos. Comíamos un pan que tenía aspecto de tierra, pero nunca nos faltó lo necesario”. A pesar de la austeridad, el espíritu de generosidad y el buen humor que caracterizaba a aquel grupo de jóvenes no declinó en ningún momento.

Otra vez a vueltas con Bochard

El vicario general se enteró de que ocho aspirantes habían entrado en la congregación de Marcelino y que iban a venir varios más. ¿La fuente de información? El párroco Rebod. Temeroso éste de que, si el naciente Instituto al final se venía abajo, le podría tocar a él alguna responsabilidad financiera para con los jóvenes discípulos de Marcelino, escribió una carta incendiaria al vicario. Consciente de que la fundación de Marcelino estaba en plena expansión, Bochard juzgó que había llegado el momento de actuar.

El vicario respondió a la carta del párroco. Sin revelar su contenido, Rebod trató de intimidar a Marcelino advirtiéndole que el desacato a las directrices de la curia podría costarle la suspensión de sus funciones sacerdotales. Cuando el coadjutor conoció los detalles de la carta finalmente, se dio cuenta de que las imputaciones que se le hacían eran absolutamente falsas. Se puso en contacto con la oficina del vicario y concertó una entrevista.

No estamos seguros de la fecha de este segundo encuentro entre Marcelino y Bochard. Es muy probable que tuviera lugar en noviembre de 1822. El coadjutor se dio cuenta, desde el primer momento, de que el vicario estaba muy bien informado. Por ejemplo, podía señalar sobre un mapa, uno tras otro, los lugares en los que los Hermanitos de María habían establecido escuelas. Bochard recomendó una fusión inmediata entre los hermanos de Marcelino y su propia Sociedad de la Cruz de Jesús. ¿Qué razón aducía? La autorización legal, de la cual él disponía y el coadjutor, convencido ya de que su congregación seguiría adelante, tanto deseaba. Marcelino evitó formular compromiso alguno, y salió de allí tan rápidamente como se lo permitía la cortesía. Sabía, desde luego,

que no era la última vez que veía a Bochard, y que no estaba a salvo de sus intrigas.

Pero tampoco estaba totalmente indefenso. Bochard era uno de los tres vicarios, y los otros dos tenían una postura favorable a Marcelino y su obra. Al terminar el segundo encuentro con Bochard, el fundador concertó entrevista con el reverendo Courbon, primer vicario general.

Marcelino fue sincero con Courbon desde el principio: “Usted conoce mi proyecto y todo lo que he trabajado. Déme su opinión con franqueza. Yo estoy dispuesto a abandonarlo si usted así lo desea. Sólo quiero cumplir la voluntad de Dios”. El vicario no fue menos expresivo: “No sé por qué andan molestándole de esa manera. Usted está llevando a cabo una tarea muy útil al formar buenos maestros para nuestras escuelas. Siga adelante como hasta ahora. No se preocupe por lo que diga la gente”.

El siguiente encuentro con el vicario tendría lugar un año más tarde. Pero entretanto hubo un suceso que arroja más luz, si cabe, sobre el carácter y la espiritualidad del fundador de los Hermanitos de María.

El Acordaos en la nieve

En febrero de 1823 Marcelino supo que el hermano Juan Bautista, destinado en Bourg-Argental, había enfermado de gravedad. Preocupado por su estado, se puso en camino hacia allá, recorriendo a pie los veinte kilómetros que le separaban del lugar a través de un terreno áspero. Le acompañaba el hermano Estanislao.

Al hacer el viaje de vuelta, y cuando caminaban por una zona de bosques, se vieron atrapados en medio de un fuerte temporal de nieve. Los dos eran jóvenes y resistentes, pero después de haber caminado errantes durante horas cayeron exhaustos. El hermano Estanislao, desfallecido, ya no podía caminar. Se echó la noche. La posibilidad de morir allí aumentaba a cada hora. Ambos se encomendaron a María para pedir ayuda y rezaron el Acordaos.

Poco más tarde, divisaron la luz de un farol no lejos de donde ellos estaban. Un granjero de la vecindad, el señor Donnet, había salido de la casa para dirigirse al establo. Habitualmente solía hacerlo por una puerta interior que comunicaba la vivienda con la cuadra. Por alguna razón que sólo podría explicarse desde la fe, esa noche, contra su costumbre y a pesar de la borrasca, cogió una linterna y salió por el exterior de la casa. Hasta el fin de sus días recordaría Marcelino este suceso, atribuyendo aquella ayuda a la mano de la Providencia. Y entre nosotros ha quedado el recuerdo con la alusión del Acordaos en la nieve.

La espiritualidad de Marcelino

Hasta ahora hemos venido describiendo hechos y acontecimientos de la vida de Marcelino. ¿Qué podemos deducir de ellos para acercarnos más a su persona y su espiritualidad? Sin duda alguna, debemos admitir que le tocó enfrentarse con la adversidad: la falta de preparación para ingresar en el seminario, la dificultad en los estudios, un párroco inestable y desestabilizador, las ambiciones de un vicario general. Cada obstáculo que encontraba en el camino le ayudaba a crecer en caridad, en optimismo, capacidad de iniciativa y diplomacia.

El episodio del Acordaos en la nieve abre otra ventana en torno al hombre. ¿Cuál fue la razón que le movió a ponerse en camino? La preocupación por su hermano enfermo. El amor a sus primeros discípulos fue uno de los rasgos más destacados del fundador. El mundo conceptual de Marcelino podría parecer pequeño si se compara con la cosmovisión que tiene mucha gente en los tiempos actuales. Pero su corazón era muy grande. Él vivía un “cristianismo práctico” que le llevaba a concretar el amor mediante la acción. Estaba enfermo un hermano: el fundador acudía sin dilación a visitarlo.

Dicho eso, sin embargo, quizá cabría preguntarse ¿por qué se empeñó el hombre en emprender el viaje de regreso con un tiempo que presagiaba tormenta? Algunos podrán pensar que aquello fue una imprudencia.

Aparte de las razones que pudiera tener para tomar el camino de vuelta sin tardanza, nosotros podemos suponer que era su sentido de la presencia de Dios y la confianza en María lo que le llevaba a ponerse en viaje en unas circunstancias donde otros se lo pensarían dos veces. La oración del Acordaos en medio del peligro no fue el esfuerzo final de un hombre moribundo. Marcelino vivía convencido de que Dios está siempre presente y actúa; había experimentado la ayuda de María tantas veces que contaba con su protección sin fisuras. El Acordaos en la nieve fue la manifestación exterior de una realidad espiritual mucho más profunda.

Bochard, fuera de combate

El vicario general decidió estrechar el cerco en torno a Marcelino. En agosto de 1823, en la clausura del retiro espiritual de los sacerdotes, Bochard amenazó, con cerrar la casa de los hermanos se imponer sanciones canónicas al coadjutor, incluyendo el cambio de destino, a menos que aceptase la fusión de su congregación con su propio grupo. El coadjutor empezó a moverse de inmediato, reuniéndose con sus amigos de la curia. Ellos le animaron a mantenerse firme.

El vicario empleó métodos drásticos para doblegar la resistencia de Marcelino. El padre Dervieux, párroco de la vecina ciudad de Saint-Chamond, instigado por Bochard, arremetió contra Marcelino arguyendo que sus jóvenes discípulos iban a quedar abandonados a su suerte si la casa se cerraba.

El párroco Rebod tampoco se perdió la ocasión y trató de humillar en público a su coadjutor una vez más. Él mismo se ofreció personalmente para hacerse cargo de los hermanos, o para conseguir que los admitieran en otras congregaciones si se desentendían de su fundador. Sin embargo, lo peor aún no había llegado. El sacerdote Jean-Louis Duplay, que había venido siendo su director espiritual hasta entonces, influido por informaciones sesgadas, se negó a seguir orientándole.

¿Cuál fue la reacción de Marcelino ante tanta contrariedad? Al principio tuvo sus dudas e incluso llegó a plantearse la posibilidad de marcharse a las misiones de América. Pensaba que podría llevarse a sus hermanos con él allende el Atlántico. Les preguntó qué opinaban ellos. ¿La respuesta?: que ellos se irían con él donde quisiera.

La estrategia del coadjutor empezó con un retiro de ayuno y oración que duró nueve días. Luego peregrinó nuevamente a La Louvesc, a la tumba de su santo favorito, Juan Francisco Regis.

Y después siguió fundando escuelas. En 1823 se abrieron tres. También le reconfortaba el hecho de verse apoyado por miembros relevantes de la curia diocesana y numerosos compañeros sacerdotes. De todos modos, poco tiempo más tarde el viento iba a soplar a favor, a causa de un suceso totalmente inesperado.

Nuevo arzobispo en Lyon

En 1823, tras la muerte de Pío VII, fue elegido Papa León XII. El 23 de diciembre de ese mismo año llegó de Roma el nombramiento del obispo De Pins como administrador apostólico de la archidiócesis de Lyon. Se había terminado el período de ausencia del cardenal Fesch y el gobierno efectivo de su vicario general Bochard.

Éste fue trasladado de Lyon a la diócesis de Belley. Su partida supuso un gran alivio para Marcelino y sus hermanos. Aunque el vicario siguió impugnando la legitimidad del nombramiento de monseñor De Pins, su nueva situación le hacía completamente inofensivo en asuntos que tuvieran que ver con la sede de Lyon.

A finales de marzo de 1824, el fundador viajó a la curia, a entrevistarse con el nuevo arzobispo. Allí, en presencia de varios sacerdotes amigos, De Pins le dio su beneplácito personal, tuvo para él palabras de aliento y le entregó una cantidad de dinero para ayudar a sus hermanos. Un historiador de la época nos cuenta que, terminada la reunión con el arzobispo, Marcelino “subió a Nuestra Señora de Fourvière (la capillita

donde los primeros Maristas habían ofrendado sus vidas a María) y pasó mucho tiempo ante el altar de la Virgen... como si estuviera fuera de este mundo”.

La construcción de Nuestra Señora del Hermitage

Hacia 1824 la congregación de Marcelino había crecido de tal manera que necesitaba la ayuda de otro sacerdote. El 12 de mayo el Consejo arzobispal decidió enviarle al padre Courveille.

La incorporación del sacerdote permitió a Marcelino disponer de más tiempo para dedicarse a un proyecto que llevaba largo tiempo madurando: la construcción de un edificio con amplitud suficiente para albergar al cada vez más numeroso grupo de hermanos. Adquirió un terreno de cinco acres en un lugar recogido del valle del río Gier. Estaba flanqueado por abruptos declives de montaña por el este y el oeste, tenía un bosque de robles y disponía de riego abundante con el agua del río. A finales de mayo el vicario general Cholleton bendecía la primera piedra. La construcción comenzaba poco después.

Marcelino y sus jóvenes hermanos trabajaron de firme durante los meses de verano y el comienzo del otoño de 1824. Cortaban la piedra y la transportaban a la obra, sacaban arena, hacían el mortero y ayudaban a los albañiles profesionales que habían sido contratados para el trabajo de especialistas. Estaban alojados en una vieja casa alquilada, y se reunían para la misa ante un cobertizo del robledal. Este lugar fue denominado La capilla del bosque. Un arcón hacía de altar. La comunidad se congregaba a orar al toque de una campana que estaba colgada de una rama. Allí se derrochaba entusiasmo: los jóvenes se ayudaban unos a otros. Y se sentían orgullosos de su trabajo.

A lo largo del período de construcción de aquella casa de cinco plantas, el fundador fue un ejemplo constante para sus hermanos. Era el primero que acudía al tajo al comenzar el día y el último que lo dejaba al finalizar la jornada. Pero si los hermanos apreciaban el esfuerzo de Marcelino, había algunos clérigos que demostraban menos entusiasmo. No veían

con buenos ojos la imagen de un sacerdote que llevaba la sotana manchada de cal y que tenía las manos rugosas por el trabajo manual. En cambio sus parroquianos estaban a favor de él. Aquellas gentes sencillas y laboriosas apreciaban su celo por las almas y le admiraban también como trabajador y constructor.

El nuevo edificio estuvo en condiciones de ser habitado para el final del invierno de 1825. Y en mayo de ese año los hermanos de La Valla se trasladaron a vivir a Nuestra Señora del Hermitage. Marcelino tenía ya una casa madre para su Instituto.

El fundador no descuidó la formación de sus discípulos durante el tiempo que duró la construcción. A pesar de la fatiga que arrastraba tras la jornada de trabajo en la obra, cuando caía el día continuaba instruyéndoles en la vida religiosa y preparándoles para ser buenos educadores.

Aparte de levantar el Hermitage, Marcelino fundó nuevas escuelas a lo largo de 1824, entre ellas las de Charlieu y Chavanay. Y siguió afanándose por conseguir el reconocimiento legal de su grupo. Se mantuvo en este empeño sin descanso, pero jamás llegaría a ver el éxito en sus gestiones, ya que – por desgracia – el Consejo de Estado del Rey se había vuelto cada vez más reacio a conceder autorización a las congregaciones dedicadas a la educación, sobre todo las masculinas. Esta lucha continua en busca de la legalización fue una dura prueba para su paciencia y minó sus fuerzas.

El conflictivo Courveille

Courveille se veía a sí mismo como Superior de la Sociedad de María, y por esa razón comenzó a inmiscuirse en los asuntos de los hermanos. Primero se metió con la cuestión de la vestimenta. En un principio, Marcelino había establecido un determinado atavío para los miembros de su comunidad. Courveille cambió las directrices y les impuso una levita de color azul celeste cubierta por una esclavina del mismo color. Posteriormente el fundador suprimiría ambas.

Marcelino andaba muy atareado en aquellos días y toleraba la ingerencia de Courveille. Éste elaboró un Prospecto para los hermanos y lo sometió a la aprobación del vicario general Cholleton. La habilitación llegaba en julio de 1824. El texto final del Prospecto recortaba el campo de apostolado que Marcelino había propuesto en un borrador anterior. Hay que reseñar el hecho de que dicho documento contiene la primera referencia oficial a los “Hermanitos de María”.

Courveille era un hombre carismático, pero de talante despótico. A menudo demostraba falta de prudencia y sensatez. Esto se puso de manifiesto patentemente en las negociaciones que mediaron con las autoridades locales de Charlieu, cuando Marcelino le pidió ayuda a la hora de establecer una escuela allí. Courveille aprovechó la ocasión para proponer que se construyera un noviciado para los hermanos al propio tiempo. Era la época en que Marcelino estaba derramando sudores en la construcción de la casa del Hermitage.

Por aquel entonces Courveille andaba entusiasmado con la idea de levantar un centro para sacerdotes misioneros. Y también pidió ayuda económica para este proyecto al Ayuntamiento de Charlieu. Pero al final, lo único que quedó en pie de todos aquellos intentos fue la escuela dirigida por los hermanos de Marcelino.

Con todo, por errática que pudiera parecer la conducta de Courveille, lo peor estaba todavía por venir, una vez que todos se hubieron trasladado a la casa del Hermitage.

Preguntas para la reflexión

1. Marcelino sentía la presencia de Dios y confiaba plenamente en María. Después de haber leído hasta aquí, ¿hay otros aspectos de su espiritualidad que percibes claramente? Si es así, señala cuáles son y explica cómo se reflejaron en él.

2. ¿Ves algún rasgo de tu espiritualidad que coincida con la de Marcelino? Si ves que sí, trata de describirlo.

Capítulo V

Permanente adversidad

En mayo de 1825, Marcelino, junto con Courveille, veinte hermanos y diez postulantes, se trasladaron a vivir al Hermitage. Poco después el Consejo arzobispal pidió al Padre Terrailon – miembro del grupo que inició la Sociedad de María en Fourvière – que fuese a colaborar en la formación religiosa de los hermanos. Estaba claro para la mayoría que Marcelino tenía ahora dos sacerdotes que le asistían en su tarea. Pero el ruido de los truenos venía acercándose ya a este lugar hasta entonces tan sereno.

Juan Claudio Courveille era un hombre imprevisible. Al sentirse frenado en su acción, decidió afirmarse como Superior de los hermanos. Había llegado el verano, y estaban todos en el Hermitage. Courveille los reunió y les dirigió una larga exhortación que concluía con estas palabras: “Es necesario que elijáis a uno de los Padres que estamos aquí para que os dirija. Por lo que a mí respecta, estoy dispuesto a sacrificarme por vosotros”.

Los hermanos no estaban interesados en esa oferta. Cuando se les pidió que escribieran en una papeleta el nombre de su preferencia, eligieron a Marcelino. Considerando que, quizá, no habían reflexionado suficientemente en este asunto, o tal vez porque él mismo veía a Courveille como el Superior de las diversas ramas maristas, el fundador pidió a los hermanos que efectuaran una segunda votación. ¿Resultado de las urnas?: Marcelino, de nuevo.

Pero Courveille no lo asumió con tanta facilidad. En noviembre de 1825, cuando el fundador estaba de viaje visitando las escuelas, él mismo se nombró Superior y escribió a todos los hermanos para informarles del hecho. En el Hermitage, no ahorró críticas a los jóvenes que hablaban de Marcelino, ausente, aludiendo a él como Superior. En esto le secundaba el padre Terrailon.

Marcelino, enfermo de gravedad

Al día siguiente de la Navidad de 1825, el fundador cayó enfermo. No había parado de trabajar y de atender a los hermanos, visitándolos en cada una de las diez comunidades dispersas en que vivían, a pesar de estar agobiado por diversas preocupaciones y del mal tiempo que estaba haciendo en aquel invierno. En el plazo de una semana se puso al borde de la muerte. Courveille escribió sin dilación a todas las comunidades pidiendo que rezasen por el fundador.

Algunos acreedores de Marcelino, alarmados por la noticia de su enfermedad, exigieron el pago de sus cantidades inmediatamente. El fundador, preparándose para lo peor, redactó su testamento el 6 de enero de 1826. Por desgracia, la única herencia que podía dejar eran sus deudas, y no había muchos que quisieran recibir ese legado. Marcelino y sus hermanos sufrieron lo indecible en aquellos momentos.

Por otra parte, Courveille y Terrailon no contribuyeron en modo alguno a superar el mal trance. En 1833 el fundador describía la situación, en carta al vicario general Cholleton, con estas reveladoras palabras: “Durante una larga y seria enfermedad, encontrándome cargado de deudas, quise nombrar al padre Terrailon como mi único heredero. Él declinó el ofrecimiento, arguyendo que yo no tenía nada. Y por lo que se refiere al padre Courveille, éste no cesaba de decir a los hermanos: Pronto vendrán los acreedores y os echarán a todos de aquí. Nosotros nos iremos a una parroquia y os quedaréis solos”.

Entonces el hermano Estanislao decidió tomar la iniciativa acudiendo a los responsables de la Curia y también a los acreedores. Como fruto de sus gestiones el señor Dervieux, párroco de Saint Chamond, se hizo cargo de las deudas del fundador. El padre Verrier, otro compañero de seminario, también se presentó en el Hermitage con ánimo de ayudar en aquellas circunstancias.

El fundador se recupera

Marcelino salió de su enfermedad, aunque las secuelas le acompañarían de por vida. Para febrero de 1826 estaba ya en condiciones de volver a sus tareas. Y merced a su capacidad de negociar, su optimismo y tacto con la gente, junto con la confianza en Dios y en su providencia, no tuvo problemas para conseguir préstamos con los que llevar adelante las obras emprendidas. Consciente como era del peso de las deudas contraídas, nunca se le vio preocupado por el dinero más de lo debido.

Pero en la enfermedad había aprendido una lección importante. Por entonces escribió: “Al fin Dios en su bondad, o tal vez en su justicia, ha restaurado mi salud. Lo digo porque en estas circunstancias ni Courveille ni Terrailon han tenido con mis jóvenes los sentimientos de un padre”.

Courveille, como antes hemos dicho, había asumido el cargo durante la enfermedad del fundador. Por aquella época volvía locos a los hermanos con su manera de actuar. Exigía que los novicios acataran sus órdenes sin rechistar. Y esto sucedía con tanta frecuencia, que apagaba la espontaneidad natural de los jóvenes. Courveille tampoco quería escuchar quejas, y parecía mostrarse indiferente ante el hecho de que algunos se plantearan abandonar la vocación. Marcelino, que se encontraba aún convaleciente, le rogó que fuera comprensivo y paternal en la dirección de los hermanos. Perdía el tiempo, el otro hacía oídos sordos.

Espoleado por la ambición y celoso del afecto que los hermanos sentían por Marcelino, Courveille se dedicó a desacreditar al fundador ante las autoridades diocesanas. Presentó al arzobispo una lista de quejas. Finalmente el padre Cattet, vicario general, acudió al Hermitage para investigar.

A Cattet no le gustó lo que vio allí. Marcelino se encontraba por entonces convaleciendo en la casa parroquial de Saint Chamond, acogido por el padre Dervieux. El vicario le ordenó que dedicara más tiempo a la formación de los hermanos, le prohibió tajantemente que emprendiese

más proyectos de construcción, le insistió que debía entregarse menos a las cosas materiales. Una vez vuelto a Lyon, Cattet diseñó un plan para fusionar a los hermanos de Marcelino con otra congregación recientemente fundada, la de los hermanos del Sagrado Corazón del Padre Coindre. Éste no mostró mucho entusiasmo por la idea. El arzobispo, por otra parte, aunque estaba preocupado por la precaria situación financiera del Instituto, tampoco apoyaba el plan de Cattet. Coindre falleció repentinamente y el vicario redobló los esfuerzos para llevar adelante su diseño. Sin embargo, el 8 de agosto de 1826, el Consejo arzobispal decidió vetar todo tipo de fusión.

Estos intentos de desacreditar a Marcelino hicieron aún más tensa la relación entre Courveille y los hermanos. Pero pronto iba a ocurrir un suceso que marcaría el final de la asociación de Juan Claudio Courveille con los Hermanitos de María.

Courveille cae en desgracia

Es evidente que este hombre trajo bastantes problemas a Marcelino y sus jóvenes discípulos. También arrastraba su propio conflicto interior, mucho más de lo que parecía a primera vista, derivado de sus limitaciones psicológicas y morales. Poco después de la visita apostólica de Cattet, Courveille abusó sexualmente de uno de los postulantes del Hermitage. En cuanto se enteró de la situación, el padre Terrailon informó inmediatamente al vicario general Barou. Había que tomar medidas: Courveille abandonó el Hermitage sin dilación y se recluyó en la abadía cisterciense de Aiguebelle, distante 120 kilómetros en dirección sur.

¿Quién era Juan Claudio Courveille? Hemos visto que, desde que fue ordenado sacerdote, tomó parte activa en la iniciación de grupos religiosos. También quería levantar una casa para sacerdotes en Charlieu, y, desde luego, se consideraba el Superior general de la Sociedad de María.

A pesar de su empeño y preparación, no contaba con el respaldo de algunos Maristas relevantes. En algún momento entre los años 1822-1824, Juan Claudio Colin, por ejemplo, decidió que Courveille no era el hombre adecuado para liderar el grupo que habían fundado, de tal manera que su nombre dejó de aparecer en la correspondencia institucional mantenida con las autoridades eclesiásticas.

No hay ninguna duda de que Juan Claudio Courveille, junto con los demás, tuvo una clara visión de lo que más tarde serían las diversas ramas maristas tal como las conocemos hoy por el mundo. Pero si era un hombre con ideas, demostraba al propio tiempo una seria inestabilidad. Finalmente acabaría encontrando algo de paz en la abadía benedictina de Solesmes. Le admitieron allí en 1836 y llevó hasta su muerte una vida ejemplar como monje. De todos modos, nunca olvidó la Sociedad de María: hasta el último momento reivindicó para sí la condición de fundador.

Más quebraderos de cabeza

¿Llegó la calma al Hermitage con la marcha de Courveille? No, desgraciadamente. Persistían los problemas financieros, y por si no fueran bastantes otros distintos vinieron a sumarse a las preocupaciones de Marcelino. Había bajas en el Instituto, a pesar de que el fundador se esforzaba por transmitir optimismo sobre la situación económica. Courveille había logrado convencer a algunos hermanos de que el proyecto de Marcelino, amenazado por las deudas, estaba condenado al fracaso. También se llevó a dos o tres hacia otra fundación religiosa que había impulsado en la diócesis de Grenoble.

El hermano Juan Francisco, discípulo de los primeros días y muy apreciado por Marcelino, abandonó el grupo por esta época, y también se fue el primer miembro del Instituto, Juan María Granjon, que con el tiempo se había vuelto un joven desasosegado e incapaz de asentarse.

Juan María tenía un concepto de la santidad que se manifestaba en prácticas poco aconsejables. Vestía camisas de tela burda, se flagelaba

sin piedad, y rezaba durante horas seguidas con los brazos en cruz expuesto al frío del invierno. Muchos temían que hubiera caído en la enajenación mental. No hubo forma de hacerle entrar en razón. Al acabar octubre de 1826 Juan María ya no estaba con los hermanos.

El padre Terrailon marchó del Hermitage ese mismo año. Hacía tiempo que no se sentía a gusto, y aprovechó la ocasión de que le invitaran a predicar en unas celebraciones jubilares para irse definitivamente. Marcelino sufrió por este abandono, los hermanos no tanto. Muchos de ellos habían tenido sus problemas con él. Terrailon sería después uno de los miembros del primer grupo de Padres Maristas que hicieron los votos en 1836, llegando a ser asistente general con el padre Colin.

Si el año 1826 fue malo para Marcelino, no lo fue tanto como para socavar su celo o debilitar su fe y su confianza en Dios. Aquel año abrió no menos de tres escuelas nuevas. Las que ya venían funcionando disfrutaban de un éxito sin precedentes. A mayor abundamiento, una carta de Juan Claudio Colin, fundador de los Padres Maristas, también le llenó de consuelo. Fechada el 5 de diciembre de 1826, decía entre otras cosas: “No puedo por menos de admirar las bendiciones que Dios ha traído a esta importantísima y necesaria obra dedicada a la educación de los jóvenes”.

Marcelino se empeñaba en ayudar a los hermanos a mantener el fervor y el espíritu de pobreza. Si el año anterior había sido difícil para él, no lo había sido menos para aquellos jóvenes. Por eso deseaba ardientemente el apoyo de otro sacerdote en el Hermitage. A instancias del vicario general Barou, el arzobispo De Pins pidió al padre Séon, recién ordenado, que acudiera allá. El interesado aceptó gustoso, no estaba deseando otra cosa.

Movimientos en la base

Tras aquellos días aciagos de 1826, Marcelino debió respirar aliviado al ver que las cosas se asentaban al año siguiente, que estaba siendo

excepcionalmente tranquilo. Pero esa tranquilidad se iba a hacer añicos a causa de algo tan aparentemente nimio como la vestimenta.

Al marcharse Courveille, Marcelino cambió el atuendo azul que aquél había prescrito para los hermanos. Ahora llevarían sotana negra con una capa corta, cordón negro de lana y un rabat blanco. Los hermanos de votos perpetuos se pondrían un crucifijo. En el retiro anual de 1828 Marcelino introdujo algunos otros cambios, por ejemplo el de sustituir los botones por broches en la sotana hasta su mitad, yendo luego cosida hasta abajo. A casi todos les pareció bien esta transformación.

Lo que vino luego no tuvo la misma acogida. Hasta entonces los hermanos llevaban medias de lana o de algodón. Por diversas razones el fundador quería introducir otro tipo de medias, hechas de paño. Empezaron a surgir objeciones. Algunos se revolvieron con este asunto y decidieron ponerse en contacto con dos de los vicarios generales de la diócesis. Varios hermanos, de los más veteranos, temieron que las cosas empezaran a ir demasiado lejos, se entrevistaron con el fundador y le pusieron al corriente de la situación.

Marcelino tenía ante él un dilema. Como hombre de oración que era, primero pidió luz a Dios. Después trató de persuadir a los disidentes. Todos ellos se avinieron finalmente, salvo dos. Aunque eran hombres de gran capacidad para la enseñanza y con influencia, su crecimiento religioso había sido débil. El fundador aprovechó la circunstancia para hablar de nuevo con ellos y recordarles sus obligaciones, pero sus esfuerzos sirvieron de poco. Para octubre del año siguiente ambos habían salido del Instituto.

¿Qué podemos decir de todo este tumulto organizado en torno a unos simples calcetines? Marcelino era hijo de la Revolución. Era contrario a todo signo de elegancia en el vestir. Desde un punto de vista religioso quería también reforzar el espíritu de pobreza. Los primeros Hermanos no tuvieron una vida fácil, pero las privaciones que sufrían les mantenían unidos entre sí y les movían a compartir lo poco que tenían. Esa carencia

les hacía también más sensibles y cercanos a las circunstancias de aquellos a quienes estaban llamados a servir.

Tal vez el fundador había tratado de reforzar el sentido de autoridad en el Instituto. No era un hombre autocrático, pero sabía que el individualismo excesivo destruye el espíritu de sacrificio y de cooperación en cualquier grupo, y no quería que se instalara fácilmente entre los Hermanitos de María.

El fin de una década

El Instituto continuó floreciendo. En 1829 se abrieron las escuelas de Feurs y Millery. Aquel mismo año los hermanos adoptaban un nuevo método para la enseñanza de la lectura. Aumentaba por doquier el aprecio a su labor.

Según se iba terminando la década, el fundador seguramente contemplaba el pasado con satisfacción, después de tantos sudores. Había adquirido recientemente otro terreno colindante con el Hermitage. La archidiócesis le había dado la aprobación para la profesión de los votos en la comunidad. Su Instituto se había ganado la estima y el apoyo de los ayuntamientos. Y corría el rumor de que el arzobispo estaba dispuesto a formalizar canónicamente la situación de los Padres Maristas. En medio de tanta buena noticia, a punto de abrirse una nueva década, Marcelino posiblemente pensaba que los malos tiempos habían quedado atrás, pero el casi inminente estallido de la Revolución de 1830 le iba a obligar a cambiar de opinión.

Preguntas para la reflexión

1. Marcelino tuvo que soportar decepciones, la enfermedad grave, las manipulaciones del vicario Bochard, el carácter tortuoso de su párroco, el abandono de discípulos de primera hora. Sin duda debió disponer de sólidos recursos interiores para superar tanta prueba. Por lo que ya conoces sobre él ¿podrías deducir cuáles eran esos recursos interiores? ¿De qué manera le sirvieron de apoyo?

2. ¿Qué recursos interiores extraes tú para hacer frente a los desafíos que te sobrevienen? ¿Qué puedes hacer, de una manera práctica, para fortalecer esos recursos?

Capítulo VI

Continúa el crecimiento

La revolución de 1830 provocó tensiones entre la Iglesia y el Estado. El terreno de la educación era un constante campo de batalla para las dos instituciones. El viejo asunto de la autorización del Instituto quedó atrapado entre dos fuegos.

En los primeros días de junio de 1830, tanto el fundador como el arzobispo De Pins tenían fundadas esperanzas de que iban a culminar con éxito la larga marcha en busca del reconocimiento legal de los Hermanitos de María. Esas esperanzas cayeron en pedazos cuando las elecciones de diputados, celebradas el mismo mes en medio de proclamas anticlericales, dieron la victoria en la región a los candidatos que se oponían al Rey.

Muchos de los clérigos, entre los que abundaban fervientes realistas, tuvieron miedo y dejaron de llevar ropas talares, tratando de pasar desapercibidos en la medida de lo posible. Marcelino aconsejó a sus hermanos que se mantuvieran apartados de la contienda, que pusieran su confianza en Dios y redoblasen su celo en la educación de los jóvenes y en la instrucción cristiana.

El fundador parecía inamovible en medio de aquella tempestad. En agosto de 1830 admitió a los postulantes en el Instituto y les dio el hábito religioso. Para pedir la protección de María en aquellos momentos de disturbios sociales y políticos, introdujo la Salve Regina como primera oración comunitaria en el comienzo de la jornada de los hermanos. Esa costumbre permanece hasta el día de hoy.

Circunstancias difíciles

El anticlericalismo aumentaba con el paso del tiempo. A pesar de ello, los hermanos continuaron llevando la sotana en público. Esto, unido a la

buena disposición que tenía el arzobispo De Pins, conocido realista, hacia Marcelino, provocó rumores en torno al fundador. Empezaron a correr noticias de que el Hermitage estaba repleto de armas, y que los hermanos, dirigidos por un marqués contrarrevolucionario, recibían instrucción militar diariamente. El 31 de julio de 1831, el Procurador de la Corona, acompañado de varios guardias, apareció ante la puerta del Hermitage decidido a llevar a cabo una investigación.

Irrumpieron dentro de la casa hasta toparse con Marcelino que había sido informado de la visita con rapidez. Éste les acompañó personalmente en el reconocimiento, empezando por la bodega y recorriendo todo el edificio. El ardor del procurador se enfrió deprisa, de tal manera que quiso terminar pronto la inspección. Una vez finalizada la pesquisa, el fundador les invitó a él y a los guardias a comer. Ellos aceptaron gustosamente esta muestra de hospitalidad. Al momento de marchar, el caballero se volvió hacia el sacerdote y le dijo: “Le prometo que esta visita va a redundar en bien de ustedes”.

Fiel a su palabra, el informe que redactó el funcionario refutaba los rumores que habían circulado sobre el Hermitage, a la vez que ponderaba la persona de Marcelino y el trabajo de sus hermanos. No cabe duda de que el fundador era un hombre dotado de sentido práctico y de sagacidad política.

Más avances

La Sociedad de María fue creciendo en la archidiócesis de Lyon. El Consejo arzobispal nombró a Marcelino superior del grupo que había en ella, y asignó al padre Jacques Fontbone al Hermitage en calidad de capellán adjunto. Por la misma época, los sacerdotes de las diócesis de Lyon y Belley que se habían asociado al movimiento marista eligieron a Juan Claudio Colin como Superior general de los Padres Maristas.

Marcelino había estado confeccionando una Regla para los hermanos en el transcurso de los años. Desde el principio se utilizaron copias manuscritas cuyo texto se revisaba con cada nueva fundación que se

llevaba a cabo. Para redactar la Regla el fundador utilizaba un método de consulta abierta: se invitaba a los hermanos más experimentados entre los veteranos a reflexionar, intercambiar opiniones y hacer aportaciones al contenido. El texto quedó ultimado para su edición en 1837. Todo el proceso seguido en su elaboración puso una vez más de manifiesto el espíritu de colegialidad que animaba a Marcelino y su capacidad para escuchar a los demás y aprender de ellos.

La Regla de Marcelino dotaba a sus discípulos de un marco de vida religiosa. Por ejemplo, en 1836 los hermanos que anteriormente habían hecho sus votos de manera privada profesaron de nuevo en una ceremonia pública. También se pedía a todos, incluidos los superiores, que practicasen algún tipo de trabajo manual. Al editarse en 1837, quedaban regulados otros muchos aspectos de la vida de los Hermanitos de María. Pero regresemos a la historia.

Se recrudece la persecución

Cuando amanecía el año 1831 los instigadores anticlericales arreciaron en sus ataques a la Iglesia. El campo de la educación era un objetivo apropiado. Una orden real llamaba a cumplir el servicio militar a todos los maestros de las escuelas religiosas que carecían de autorización. Si se cumplían estas ordenanzas a rajatabla, el Instituto de Marcelino, que aún no estaba legalizado, iba a resultar seriamente perjudicado.

¿Podría darse una situación peor? Sí. Los funcionarios del gobierno recién destinados en el Loira pusieron en el punto de mira a los hermanos. Escipión Mourgue, el nuevo Prefecto, no se privó de escribir estas cosas: “El Instituto de los Hermanitos de María no merece ningún tipo de respaldo ya que es de todos sabido que sus miembros son de una ignorancia deplorable... En Feurs han desempeñado lo que ellos llaman su enseñanza, aunque yo creo que deberíamos denominarlo garantía de ignorancia asegurada... Francia ha pasado demasiado tiempo inclinándose ante la espada y la cruz”.

Mourgue se subió a la parra más todavía al saber que el pueblo no quería desprenderse de los hermanos y su escuela. Así que arremetió también contra todos ellos. “Me he encontrado con gente estúpida – apostillaba – que quiere que se mantenga ese sistema degradante”. Lo cierto es que aquella “gente estúpida” ya había conocido el colapso educativo que siguió a la Revolución de 1789, y no tenían el menor interés en volver a repetir la experiencia.

Se cierra la escuela de Feurs

Ignorando el sentir del pueblo, el alcalde de la Feurs, de tendencia anticlerical, tomó la decisión de expulsar a los hermanos de la escuela que regentaban allí. A pesar de que Marcelino, por su parte, hizo bastantes concesiones, el alcalde ordenó finalmente a los hermanos que se fuesen.

En aquella amarga circunstancia el fundador escribió: “Veo con resignación la destrucción de la obra de los hermanos, a pesar de que he hecho todos los esfuerzos posibles para salvar esta escuela, cuya fama aumentaba de día en día. He dado indicaciones al director para que devuelvan los muebles, que son propiedad del municipio”.

La carta de Marcelino nos dice mucho acerca de su persona. En marcado contraste con los desvaríos de Escipión Mourgue, el fundador manifiesta dolor, resignación y sentido de la restitución: los hermanos devolverán los muebles que pertenecen al pueblo. No hay amenazas, presagios adversos ni rabia. El tono de serenidad y de paz interior que se trasluce en sus palabras nos sugiere que las pruebas por las que atravesaba estaban purificando su espíritu.

El problema del servicio militar y el Brevet (certificado de docencia)

En Francia, en aquella época, el servicio militar venía a durar entre seis y ocho años. Los maestros que pertenecían a órdenes religiosas podían verse libres de esta obligación sólo en el caso de que su congregación estuviese autorizada legalmente para ejercer la enseñanza. El Instituto de

Marcelino no lo estaba; por eso se dedicó en cuerpo y alma a resolver este problema.

Tenía dos alternativas válidas para mantener abiertas sus escuelas. Una, fusionar su grupo con una congregación reconocida legalmente. Otra, seguir luchando hasta conseguir la autorización para los Hermanitos de María. Al principio, el arzobispo De Pins alentó al sacerdote a intentar una vez más obtener la aprobación legal. No obstante, al ver que el asunto se retrasaba siguió las recomendaciones de sus asesores y aconsejó a Marcelino que uniera sus hermanos con los clérigos de San Viator del padre Querbes. Sin embargo el fundador temía que esa unión pudiera destruir el espíritu de sus discípulos y se mantuvo reticente ante la sugerencia.

A pesar de la falta de autorización y de la presión que ejercían sobre él para fusionarse con otros grupos, Marcelino continuó abriendo escuelas. No le faltaban llamadas en tal sentido. Los pueblos de zonas rurales no se fiaban de los instructores que procedían de las Escuelas de Magisterio oficiales y presionaban a sus ediles para que les garantizaran el servicio de los hermanos.

Hasta enero de 1834 todavía hubo insistencia por parte de la diócesis para que se uniera a otras congregaciones. Desgraciadamente la esperada aprobación oficial del Instituto no iba a llegar en vida de Marcelino. Los acontecimientos que tuvieron lugar en la historia francesa de aquella época marchaban en dirección contraria a sus deseos. En febrero de 1834, por ejemplo, se aprobó la Ley de Asociaciones con la finalidad de poner freno a la militancia de la clase obrera, y esa misma ley fue esgrimida para demorar la autorización.

Llega la aprobación para los Padres Maristas

En una parte anterior de esta historia hemos conocido la figura del vicario general Bochard y ya vimos la cruz que supuso para Marcelino. Ahora vuelve de nuevo a la escena, pero la cruz pasa a Juan Claudio Colin y sus compañeros sacerdotes maristas de Belley. Bochard era

competitivo, pero soportaba mal la competencia. Por ello mismo, se opuso a que la Iglesia otorgara autorización a congregación alguna que tuviese unos fines similares a los de la Sociedad de la Cruz de Jesús. Desdichadamente el apostolado de los jóvenes sacerdotes de la Sociedad de María se parecía al del grupo de Bochard.

El Padre Courveille demostró ser otro serio obstáculo en el camino hacia la autorización. Hemos podido comprobar anteriormente que el hombre estaba falto de sensatez y de espíritu de discernimiento. Por otra parte, no era la persona adecuada para encargarse de la organización del grupo. Finalmente el Padre Colin asumió la tarea.

Los obispos de la región tampoco eran al principio muy favorables a la Sociedad y a la idea de que se les otorgara el reonomiento eclesiástico. ¿A qué obispo le iba a gustar dar la aprobación a una congregación que iba a llevarse algunos de los sacerdotes que dependían de su diócesis?

A pesar de estas dificultades los Padres Maristas obtuvieron en 1824 el permiso para vivir en dos comunidades, una en Belley y la otra en el Hermitage. El Padre Colin fue nombrado superior de la primera y Marcelino de la segunda. Éste se había dedicado desde los orígenes a la Sociedad de María y trabajaba activamente para verla consolidada. Confiaba a uno de sus hermanos: “Para mí la labor de los sacerdotes de la Sociedad es también tan importante que estaría dispuesto a sacrificar todo lo que tengo si fuese necesario para su obra”.

Los sacerdotes de la Sociedad de María estuvieron siempre en el corazón de Marcelino. Y ellos le correspondieron igualmente con afecto y estima. En 1839 le eligieron Asistente general del Padre Colin.

Marcelino tomó parte activa en la fundación de otras ramas de la Sociedad de María. En agosto de 1832 animó a tres muchachas para que se fueran con las Hermanas Maristas de Juan María Chavoin, a su casa de Bon Repos, en la diócesis de Belley. Al final serían no menos de quince las candidatas que había llevado a aquella comunidad. Una de ellas era sobrina suya, otra la hermana de uno de sus discípulos. Dado su

carácter entusiasta y esperanzado, Marcelino debió pensar que la aprobación formal de la Iglesia llegaría pronto a la Sociedad de María. Un viaje que hizo el padre Colin a Roma en el verano de 1833 le devolvió pronto a la realidad.

Colin va a Roma

Juan Claudio Colin, decidido a conseguir la autorización eclesiástica, viajó a Roma en agosto de 1833. Allí le esperaba la frustración. Primero tuvo problemas para que le concediesen audiencia con el Papa; luego, las autoridades vaticanas no le ocultaron sus recelos sobre una Sociedad que incluía sacerdotes, hermanas, hermanos, y una orden tercera. Aquello les parecía un grupo excesivamente grande, dominado por los franceses. El galicanismo todavía suscitaba temores en la Curia Romana.

No obstante, en diciembre de ese mismo año, Colin recibió una carta del cardenal Odescalchi, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, en la que éste le manifestaba una cierta conformidad con la idea general del grupo Marista. El cardenal sugería que el proyecto era “demasiado grande”. Al propio tiempo remitía la cuestión al cardenal Castracane para seguir profundizando en su estudio. La conclusión no tardó en llegar: “Esta Sociedad compuesta de cuatro ramas distintas... es un delirio. No hay posibilidad de aprobar una organización tan desmesurada”.

En abril de 1834 el cardenal Odescalchi escribió a los obispos de Lyon y de Belley para comunicarles que Roma no veía aceptables los planes de la Sociedad de María de Colin. Esgrimía varias razones. Una, que no hacían falta Hermanos Maristas ya que el grupo de La Salle ya existía y cumplía los mismos fines; la segunda, que ya había muchas congregaciones religiosas femeninas en Francia, ¿para qué añadir una más? Finalmente, la propuesta de una orden tercera seglar parecía “fuera de tiesto”, porque disminuía el poder del obispo a favor del Superior general de la Sociedad de María. ¿Había algo de bueno en esta letanía de desgracias? Sí, Roma apoyaba la idea de Colin de formar una nueva congregación de clérigos y que se eligieran un Superior general.

La suerte llama a las puertas

En 1835 la Curia Romana informó a los obispos de Lyon y Belley que los sacerdotes maristas podían convertirse en una congregación interdiocesana y elegir Superior general. No se asignaba al grupo ninguna misión específica. El reconocimiento pleno como Instituto religioso vendría después.

La falta de respuesta a la llamada de misioneros que quisieran ir a Oceanía había causado honda decepción en el Vaticano. El vicario general Cholleton tuvo noticia de que en Roma estaban buscando una congregación que llenase ese hueco y se lo comunicó a Pompallier, sacerdote que había sido capellán en el Hermitage. Éste informó rápidamente a Colin. Los jóvenes padres maristas vieron la oportunidad que se les presentaba y aceptaron la misión de Oceanía. El 29 de abril de 1836 les venía la aprobación de Roma por la que tanto tiempo habían suspirado.

Marcelino recibió con extraordinario gozo las dos noticias, la que anunciaba la autorización y la que se refería al nuevo campo de misión. Él siempre había deseado irse a lejanas tierras a extender la fe. Y, de hecho, su nombre era el primero en la lista de voluntarios que se apuntaron para ir al Pacífico. Por desgracia, la edad y el quebranto de su salud fueron un obstáculo para sus sueños. Por otra parte, su presencia era absolutamente necesaria para dirigir a los hermanos en aquellos momentos delicados y también de cara al futuro. Ya que no pudo ir a las misiones, puso su parte enviando a algunos de sus discípulos con el grupo de los primeros padres maristas que destinados a ellas.

Pompallier fue nombrado Vicario Apostólico de las Misiones de Oceanía y poco después recibió la ordenación episcopal en la Iglesia de la Inmaculada Concepción de Roma. Él y su grupo, formado por cuatro sacerdotes y tres hermanos, se dirigieron a Fourvière a poner su labor misionera bajo la protección de la Virgen. Luego viajaron a París y, finalmente, embarcaron en el puerto de El Havre rumbo a Oceanía la

víspera de Navidad del año 1836. Marcelino había dicho alguna vez: “Un hermano es un hombre para quien el mundo no es suficientemente grande”. Aquella imagen del barco zarpando del puerto con los tres hermanos a bordo era la primera plasmación de ese pensamiento.

Preguntas para la reflexión

1. A veces las contrariedades sufridas en la vida pueden convertirse en una fuente de crecimiento personal y espiritual. Trata de situarte en una concreta experiencia adversa que te haya tocado vivir. ¿De qué manera te impulsó a crecer más como persona y como discípulo de Jesús?
2. El fundador se sintió feliz cuando llegó la aprobación de los sacerdotes de la Sociedad de María. ¿Qué acontecimientos de tu vida te mueven a dar gracias a Dios?

Capítulo VII

Un hombre y un santo para todos los tiempos

Estamos cerca del final de nuestra historia. Marcelino continuó luchando hasta su muerte por conseguir la autorización de sus hermanos, realizando viajes a París, recorriendo uno tras otro despachos oficiales. En ocasiones recibía contraofertas a cambio de la aprobación: por ejemplo, restringir las escuelas de los hermanos a determinadas áreas geográficas o limitarse a la presencia en localidades de no mayores de 1000 habitantes. El fundador no estaba dispuesto a hacer tantas concesiones. Al final las gestiones fracasaron.

Aquel ansiado reconocimiento oficial llegaría en 1842, dos años después del fallecimiento de Marcelino. Esto sucedió cuando los hermanos de la Instrucción Cristiana del padre Mazelier, que estaban en la diócesis de Valence, se unieron al grupo de Champagnat. Al ser admitidos en los Hermanos Maristas, ellos aportaron su autorización legal que les validaba en tres departamentos. Sin ser del todo lo que hubiera querido Marcelino, al menos era un principio.

El Instituto continuaba expandiéndose, pero el fundador no quería sobrecargar a los hermanos ni apurar sus recursos hasta el límite. En 1837, por poner un caso, el padre Fontbone, que había sido capellán del Hermitage y ahora estaba misionando en San Luís de Missouri, escribió pidiendo refuerzos para su obra. Marcelino le respondió a vuelta de correo: “Todos los hermanos sintieron envidia de los que elegimos para ir a Polinesia... Gustosamente enviaríamos otros para colaborar en América si nos fuese posible”. Oceanía seguiría siendo la única misión de ultramar durante unos cuantos años.

Marcelino estaba admirado del desarrollo de la obra marista en su conjunto. Una vez dijo a sus compañeros sacerdotes: “Los que estamos en el comienzo de esta obra no somos más que piedras toscas arrojadas en los cimientos. No se usan piedras labradas para esa función. Hay algo

maravilloso en el origen de nuestra Sociedad. Lo que sorprende es ver que Dios quiso servirse de tales personas para llevar a cabo su trabajo”.

Marcelino enferma

En el transcurso del año 1839 el fundador sufrió serios quebrantos en la salud. Desde aquel primer período de enfermedad que le sobrevino en 1825 no había dejado de sentir dolores en el costado. Aquello degeneró en inflamación de estómago que le provocaba frecuentes vómitos. El hermano Juan Bautista escribiría posteriormente que, a la vuelta de sus gestiones en París, en 1839, “era patente que su fin se acercaba rápidamente”.

El padre Colin, Superior general de los Padres Maristas, preocupado por el deterioro físico de Marcelino, dispuso que se hiciera votación para elegir un sucesor del fundador. Resultó elegido por mayoría indiscutible el hermano Francisco, aquel que a los diez años había asistido con su hermano mayor a una de las lecciones de catecismo de Marcelino. Los hermanos Luís María y Juan Bautista fueron elegidos asistentes suyos.

En los meses siguientes el fundador fue empeorando progresivamente, y a partir del 3 de mayo ya no pudo celebrar la misa en la capilla. Sintiendo que le quedaba poco tiempo de vida, hizo que le llevaran a la sala de comunidad y se dirigió por última vez a los hermanos, que se habían reunido allí. Aquellos jóvenes a duras penas podían ocultar la emoción que les embargaba, tanto era el afecto que sentían por el sacerdote que había sido un padre para todos ellos.

El fin

La muerte sobrevino a Marcelino una mañana de sábado, temprano. Era el 6 de junio de 1840. Los hermanos habían permanecido en vela toda la noche. El padre falleció al amanecer al tiempo que ellos hacían su oración de comienzo de la jornada.

Dos días después su cuerpo recibía tierra en el cementerio del Hermitage, no lejos del emplazamiento de la pequeña Capilla del Bosque. Su Testamento Espiritual, escrito no de propia mano pero que manifestaba los sentimientos de su corazón, había sido leído delante de todos tres semanas antes, el 18 de Mayo. En él, Marcelino pedía perdón a quienes pudiera haber ofendido, expresaba su lealtad al Superior de los Padres Maristas y daba gracias a Dios por otorgarle la gracia de morir como miembro de la Sociedad de María. Seguidamente dedicaba su atención a los hermanos.

No había asomo de superficialidad en el fundador. Vivía apasionado por el evangelio. No es de sorprender, por tanto, que la obediencia y la caridad fueran las dos virtudes que recomendaba a sus primeros discípulos en aquel testamento. Después de todo, eso es lo que constituye la base de una comunidad. La obediencia es el pilar, el amor entrelaza las demás virtudes y las hace perfectas. El amor no tiene límites. Marcelino amaba a sus hermanos, y deseaba que ellos hicieran lo mismo entre sí.

A lo largo de su vida se le oyó decir repetidamente: “Para educar a los niños, hay que amarlos, y amarlos a todos por igual”. La virtud de la caridad, por consiguiente, habría de ser no sólo el fundamento de la comunidad sino también un carácter distintivo de evangelización y educación al estilo marista. El mismo camino que había recorrido María con Jesús tenía que ser ahora el de todos aquellos que iban tras el ideal que había cautivado el corazón de nuestro cura rural y sus primeros hermanos.

El fundador advertía igualmente a sus discípulos contra toda rivalidad manifiesta hacia las otras congregaciones y completaba su testamento con una síntesis de la espiritualidad de los Hermanitos de María. El ejercicio de la presencia de Dios, les decía, es el alma de la oración, de la meditación y de todas las virtudes. Que la humildad y la sencillez sean la característica que os distinga de otros. Manteneos en un espíritu recio de pobreza y desprendimiento. Que una tierna y filial devoción a nuestra buena Madre os anime en todo tiempo y lugar. Sed fieles a vuestra vocación, amadla y perseverad en ella con entereza.

Marcelino se tomó muy en serio la Buena Noticia de Jesús. Fue un hombre santo porque vivía el acontecer de cada día de una manera excepcional y hacía las cosas ordinarias con extraordinario amor. Ya que se le había concedido descubrir el gozo que emana del evangelio y su fuerza transformadora, quería igualmente compartir con los demás, sobre todo los jóvenes, todo lo que él había visto y oído.

El mundo al que vino Marcelino Champagnat en 1789 estaba comenzando a estremecerse con movimientos de cambio. El mundo que dejaba cincuenta y un años más tarde había conocido la guerra y la paz, la prosperidad y la penuria, la muerte de una Iglesia y el nacimiento de otra. Hombre fiel al espíritu de su época, llevaba dentro de sí la grandeza y las limitaciones de la gente de su generación. El sufrimiento templó su espíritu, las contrariedades le fortalecieron, supo caminar con decisión y la gracia de Dios le ayudó a seguir la llamada contra viento y marea.

Marcelino Champagnat, sacerdote de la Sociedad de María, Superior y Fundador de los Hermanitos de María, o Hermanos Maristas, apóstol de la juventud y ejemplo de cristianismo práctico, fue un hombre y un santo para su tiempo. Y lo es también para el nuestro.

Preguntas para la reflexión

1. Las vidas de los santos nos hacen más patente el mensaje de Jesús. ¿De qué manera puede ayudarte la vida de Marcelino a entender y vivir más plenamente el evangelio?
2. En el Testamento Espiritual el fundador manifiesta su gozo por poder morir como miembro de la Sociedad de María. Imagínate por un instante en el tramo final de tu vida: ¿Qué respuestas dadas al amor de Dios te harían sentirte feliz en esos momentos?

Referencias bibliográficas

Avit FMS, Frère. *Abrégé des Annales de Frère Avit*. (Roma: Tipografia S. Pio X, 1972)

Farrell FMS, Brother Stephen. *Achievement from the Depths*. (Drummoyne, NSW: Marist Brothers, 1984).

Gibson FMS, Brother Romuald. *Father Champagnat: The Man and his Spirituality*. (Rome: Fratelli Maristi, 1971).

McMahon, FMS, Brother Frederick. *Strong Mind, Gentle Heart*. (Drummoyne, NSW: Marist Brothers, 1988).

Sester FMS, Brother Paul (Ed.). *Letters of Marcellin J.B. Champagnat 1789—1840* (Trans. Brother Leonard Voegtle, FMS). (Rome: Casa generalizia Dei Fratelli Maristi, 1991).